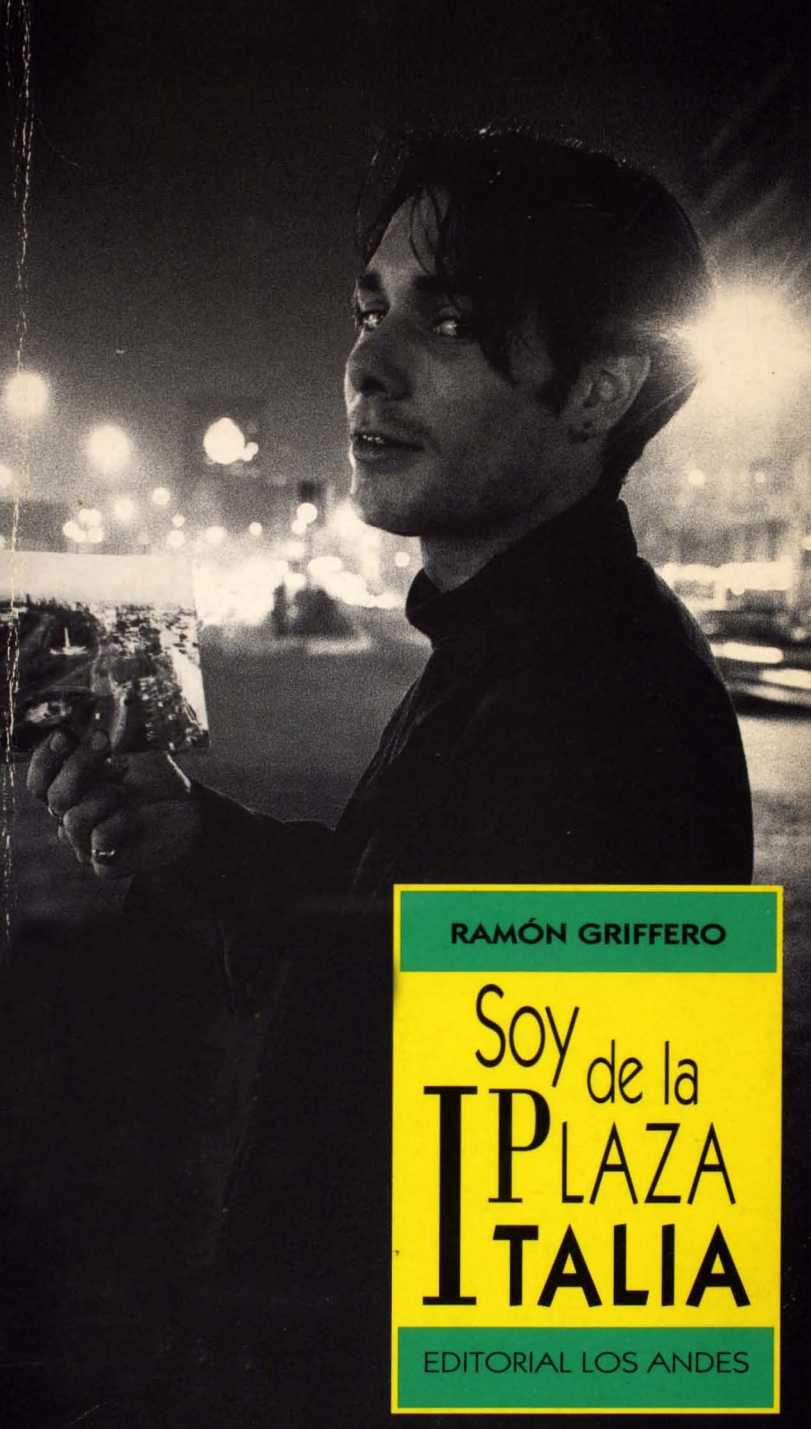




RAMÓN GRIFFERO

Soy de la
**PLAZA
ITALIA**

EDITORIAL LOS ANDES



RAMÓN GRIFFERO NACIÓ EN SANTIA-
GO EN 1954. ESTUDIÓ SOCIOLOGÍA EN
LA UNIVERSIDAD DE ESSEX, INGLA-
TERRA, CINE EN EL INSTITUTO NA-
CIONAL DE BELLAS ARTES DE BRUSE-
LAS Y TEATRO EN LA UNIVERSIDAD
DE LOVAINA, BÉLGICA. FUE CREADOR
DEL GRUPO TEATRAL FIN DE SIGLO Y
DEL ESPACIO CULTURAL EL TROLLEY,
A MEDIADOS DE LA DÉCADA DEL
OCHENTA, MONTÓ, ENTRE OTRAS
OBRAS, *Historias de un gal-
pón abandonado*, *Cinema
Utoppia* y *La morgue*. OBTUVO
EN DOS OPORTUNIDADES EL PREMIO
DEL CÍRCULO DE CRÍTICOS DE ARTE,
Y EN 1993 EL PREMIO MUNICIPAL DE
LITERATURA. HA PARTICIPADO EN
DIEZ FESTIVALES MUNDIALES DE TEA-
TRO DESDE 1986 A LA FECHA.

SOY DE LA
PLAZA ITALIA



43812

Diseño de Interior y Portada: Fernando Pizarro
Foto Portada: Patricia Stevenson

© Ramón Griffero
© Editorial Los Andes
Callao 2988 - Teléfono 2463494
Inscripción N° 83.130
I.S.B.N. 956-7014-72-9

Derechos reservados para todos los países
Primera edición: diciembre de 1992
Segunda edición: octubre de 1994
Santiago de Chile

Impreso en Alfabetas Impresores

Impreso en Chile/Printed in Chile

SERIE LA OTRA NARRATIVA

Soy
de La
IP LAZA
ITALIA

RAMÓN GRIFFERO



SOY DE LA PLAZA ITALIA

Son una de esas mañanas en que te dai cuenta que la radio es rasca, que le subís el volumen y hasta ahí no más llega, que tu mamá es gorda y fea, la pobre, que tu taita no era na' ingeniero, sino gásfiter municipal, pero te sentís bien, estái acostado tranquilo, tu hermano ya se puso el terno de junior, te tiró los mismos garabatos de siempre, lo de holgazán y flojo culiao, quizás de dónde sacái la plata. Pero uno está tranquilo con ese sol de las tres de la tarde pegando en ese cuarto piso. Ya están los chicos jugando fútbol, entonces te asomái a la ventana torso al aire, y te dai cuenta que a la tía Betsi del block del frente igual le tiritan las hormonas con uno, ahí te tirái sobre la cama, te veís desnudo y te encontrái grosso y no sabís si echarte una paja o pegarte una ducha. Y tu mamá igual tranquila porque le traís sus regalos, los panty, un rico pollo. «Mamá, ¿se le acabó el balón?, yo le traigo uno». Y te mira y no entiende, igual las sabe todas, pero se hace la tonta.

Ya la tetera hierve, un rico café y te empezái a

poner nervioso, te apestan las cortinas del departamento, la vecina que llega a sapear, los llantos de los cabros chicos, entonces mejor vai a ver si se secó la polera, si te plancharon el jean y listo. Ya cuando vai bajando las escaleras, te vai sintiendo mejor, como que se te sube la sangre, se te alivianan las piernas. Afuera las viejas barriendo que te saludan, imaginándose todo, «cómo que llega siempre de madrugada si no es nochero», y se dicen que a ellas no las engrupen con los cursos nocturnos, que los cuadernos son para la pura pinta y lo único que esperan es verte algún día en primera página del diario, pegado ahí en el quiosco y todos las viejas sabias diciendo que claro que me tenían cachado, que siempre andaba con la billetera llena, peleándose por aparecer a toda pantalla en el noticiero.

Ahí va saliendo la Betsi, es simpática la vieja, se las arregla para pillarme siempre a la salida del block... con su bolsa de feria; se pone colorada y le brillan los ojos. «Hola, pus tía Betsi», uno de estos días me la plancho, igual para darle un gusto, premio al esfuerzo...

Y fijo que me encuentro con el pelao punky sentado en las escaleras. «Sigue el luto, compadre», le grito y el pelao de volado se ríe.

La cuca estacionada ahí en la panamericana, asándose los locos, no pescan una. Les robái la pistola y ni se dan ni cuenta; igual les hago una levantada de cejas, a veces les muestro el carnet, legal compadre, legal...

Así uno se va carreteando para el centro, ventana

abierta, codo afuera, rico viento, gorditas con mini, buenas gomas y todo tranquilo. Si a veces me siento como si fuera viajando por otro país y no cacho por qué la gente se amarga.

Los jueves es buen día, enero, sol, ricos helados. Primera parada paseo Ahumada, ahí todo moviéndose, un poco temprano, me compro un helado, me juego un video y a la pinta todo güendy.

Ya varios me han clavado los ojos en el paquete o me tiran una sonrisa, pero todavía no. En una de éstas me agarro unas gringas que toman schop en la Plaza de Armas y les armo un cuento.

No faltan, siempre pican. Ahí estaba una con su bolso arrugado, polera hualaila, sin sostenes, leyendo su guía, onda siempre perdidas. «¿Está ocupado?», le pregunté, sonrió y se corrió. Buena onda conocer extranjeros. Le conté que era del sur, del campo, casita frente a un volcán, montaña con fuego, entiendes, volcán, lesa la gringa no entendió ni una. No estaba mal, sonreía como gorrión y justo que llegó la atinada: una gorda grande como yegua, calzaba 43 mínimo, hablaron alemán, onda que le decía cuidado con quien hablái, la chica se puso seria y se fue. Justo se deja caer el rucio, me dice que tiene una movida con unas viejas del barrio alto, whisky, coca, todo pasando, cuestión de llamarlas, pero cachaba que el rucio engrupía; seguro que eran unas gordas de la Gran Avenida, secretarias de piscola y luego el rucio te cuenta que pagan a fin de mes, pero que son clientas seguras y entre que todo pasando le di filo.

Al loco de la plaza le daba con gritar que el señor ya llegaba, que atención pecadores y las empleadas que le creían todo se arruinaban la salida.

Entonces me fui al cine onda tranquilo, fijo que cae el viejo que se pone a tu lado, te comenta las fotos y te invita a entrar. Y ahí venía, me preguntó si era estudiante, le dije que sí que estaba haciendo hora para los cursos vespertinos. Ésa del lolo estudioso y pobre es la que más les gusta. Entonces, en la que «y cómo te vas a quedar dando vuelta si falta tanto, yo te invito si no te molesta». Y así como dudando, con cara de no me vaya a pillar mamá, ésa también los pone locos, entramos. Ahí partió con la clásica, «sentémonos atracito que se ve mejor». «Claro», le dije, en la sala todos se dieron vuelta para cachar y ahí estaba el rucio que se hizo el tonto.

Me hundí en la butaca, piernas abiertas, bien echado. El viejo ni miraba la pantalla, llegaba a transpirar. Yo ni pescando, siempre en las mismas. El viejo estaba demasiado nervioso, se acomodaba, se cruzaba de piernas, me pegaba su muslo. «Buena la película», le dije. Tiró un sí nervioso y nada. La sala estaba azumagada y todos levantándose, cambiándose de asiento, pegándose a los muros. En la típica me puso la mano en la rodilla, uno tranquilo, dejar que se caliente bien, que hierva para pegarle el machete. Me empezó a bajar el cierre y el viejo torpe me atrapó el cuero, así es que le terminé la maniobra y le dejé la mercadería a la vista, levantando las caderas para que se viera cototo. El compadre que estaba al otro lado, onda camisa blanca y corbatita,

trató de atinar, pero le sujeté la mano y le pegué una mirada onda tate quieto, y ahí se quedó no más. El viejo no se la podía creer y se tiró a comérselo. «¡Ehh! –le dije–, sabís que no me gusta pedir, pero me falta plata para pagar la matrícula, por eso no más que estoy aquí; en la casa estamos mal, si podís ayudarme con algo». No contestó, movió la cabeza, las butacas se agitaban como locas, el viejo se fue cortado al rato. Se iba a levantar para irse onda arrancando, siempre les pasa lo mismo, como que les baja la culpa. «¡Eyy! –le dije–, la ayuda». En la más nerviosa me tiró unas monedas, y ahí le cambié la cara de estudiante por la seria; lo miré en la más dura y el viejo soltó el billete.

Igual me vi las dos películas, me fui a peinar al baño y enfilé para la Plaza Italia. Estaban los mismos haciendo movidas en el teléfono, amontonándose en las bancas; yo no los pesco. Un chico flaco narigón que es como de La Pincoya me preguntó si había visto al rucio. Me alegró ver a la Lily, andaba de miedo, mini falda roja, unos aros pegados al cuello. Nos fumamos un Viceroy y con su cara de empepada me tiró un apoyo... «Lorito, ándate con cuidado, andan todos atravesados los huevones, ya ni atinan. Me acabo de tirar un minito, bonito el cabro, así como de spot de tele; yo quería que me comiera al fin uno lindo y nada. El pendejo me tuvo de patas abiertas, todo el rato hurgueteándome, me puse súper tierna, quería que me diera unos besitos, sentirse bien. Nada, ahí mirándome la raja, ni porque le dije mijito si no va salir nada por ahí, usted tiene que

comérsela, papito, el cabro culiao no se calentó. Bueno, lorito, que parece que me necesitan. No alcancé a pedirle una pepa cuando ya estaba ubicada dentro de un Charade.

Ahí enfilé para el parque, caminando como zorro. Detrás del obelisco tenían a una gordita apretada contra el monumento. No sé por qué me acordé de la Betsi y como que se me anduvo parando. Será que desde chico me la ando topando, ahí pasa algo, quizás está noche a la vuelta la paso a ver...

Parece que había pasado la poli, ya que estaba todo tranquilo, rico el viento, el fresco, los arbolitos. En ésa estaba cuando escuché los psst psst. Era el punto fijo, si ese ñato es como inventario de acá, siempre pegado a los troncos, meneándola para que se la mirís, no entiendo qué saca el loco.

El paradero estaba vacío, así es que me senté, puse los cuadernos sobre las rodillas, y ahí encandilándome con los focos de los autos, tirando miradas. Llevaba más de una hora y nada. Un perdido se ubicó a mi lado, tenía pinta de tira; además, el fierro le hacía un bulto junto a sus rollos. Pa'calmar la tensión le dije, «está fría la noche, compadre». El otro movió la cabeza, nada, falsa alarma, andaba tomado y le bajó la triste, que su novia ya no lo quería, que seguro que le ponía los cuernos con otro y todo el rollo, así es que me levanté y me fui caminando Providencia arriba. Un gordito en Renault pasaba y pasaba, pero no se atrevía a detenerse. Estos indecisos me apestan, te hacen perder el tiempo y te dan esperanzas, entonces me puse a pensar

en la Betsi, si yo era medio lento, si esta tía hacían años ya, desde que la dejó el viejo, que me pega sus miradas. Siempre se hace como que le pesan los paquetes para que uno la ayude a subirlos. Si atino voy y le toco el timbre, le cuento una pena, seguro que tiene algo de trago y ahí me consuela y yo de paso a ella.

Igual sería bueno volver con algo para la casa, porque ya se notaba que la cocina estaba media pelada y aunque la vieja no me decía nada, ponía caras de «eyy!, consíguete algo». Si parece que la tengo mal acostumbrada.

También podría arreglárselas, ir a trabajar a una casa por ahí en vez de pasar todo el tiempo frente a la tele. De volado no me di cuenta que un Nissan me seguía el paso, iban tres lolos medio artistas, querían que me subiera con ellos, onda pasarlo bien, entretenerse. Me preguntaban si acaso andaba perdido, que no me hiciera de rogar, que no sabía lo que me estaba perdiendo. El colorín con aritos, me dijo que si acaso les tenía susto. Fue eso lo que me decidió a subirme, yo susto, no saben a quién le están hablando.

Me preguntaron que por qué andaba con cuadernos a las dos de la mañana. Les dije que era estudiante de sicología y que andaba súper preocupado, ya que se me había perdido un libro de la biblioteca y no sabía cómo reponerlo. El de chaqueta de cuero se las dio de inteligente y me dijo que lo robara de la biblioteca, a mí dándome esos consejitos, pero igual uno en esto no se puede poner en la dura. El más atinado me las tiró al tiro, «andái trabajando, ya,

cuánto cobrái por los tres». Se estaban poniendo fuertes y seguro que éstos me dejaban botado por ahí. De repente me dieron ganas de ser como ellos, tener autos, amigos y andar en la onda sólo por entretenerse. Les tiré una sonrisa,irme en la buena, acompañarlos hasta que la cosa se ponga difícil y ahí uno se hace el desentendido, que se equivocaron con uno, que son súper simpáticos, pero yo no, y todo eso que siempre salva.

La sonrisa no los convenció. Con los cabros jóvenes no pasa siempre, no podís engrupirlos, se dan cuenta. Te miran la ropa, las zapatillas, la marca de la polera, donde ponís las manos y te rochan.

«Bueno, di algo, todavía no contestái, cuánto por los tres». Me subí al tren y les dije, dejémoslo en diez. Ahí se pusieron negociantes, que estaba loco, que además no creían que me las iba a poder. El colorín dijo que ya, que bueno, que me las pagaban, pero tenía que mostrar lo que ofrecía. Ahí me sentí mal, me la estaban ganando, «tranquilo, Mauro, tranquilo», me dije, entonces abrí las piernas, me bajé el cierre y se los mostré. El de chaqueta me hirió, me dijo que por eso no daba nada, que debía yo pagarles a ellos, y no sé por qué me puse tan tonto y le contesté que no estaba crecida. El otro disparó con que ni que estuviera crecida, entonces se bajó, me abrió la puerta, y me dijo, «anda a robarte el libro mejor»...

Sabís cómo queda uno después de eso, pura humillación, te dan ganas de volverte terrorista, de ametrallarlos, de abrirles la guata y tirarlos al mar

como hacían los milicos. Matarlos a todos desde una torre como hacen los gringos, ahí uno entiende que hay que jugársela.

Me fui de vuelta a la Plaza Italia, bajoneado, queriendo tener un auto, una casita, una buena mujer, depto con todo, pasarlo pepsi.

No sé por qué me dieron ganas de que temblara, que se viniera todo abajo, que los aplastara el cemento y se fueran a la cresta con todas las porquerías que tenían..

El gordo del Renault todavía andaba dando vueltas, se acercó y le saqué la madre. Partió a cien; con la carita de susto, por lo menos no vuelve a salir en un mes. No sé qué les pasa, por qué no se quedan en sus casas tranquilos.

En la plaza me tomé un colectivo. Ahí tuve que escuchar el cuento de los malos, que a la señora tanto le habían rajado la cartera, que a éste otro le pusieron tranquilizantes en el trago, y se fueron metiendo miedo todo el camino. Al llegar, los volados estaban bajo el mismo árbol de siempre, pegados al suelo, seguro imaginándose que colgaban melones de las ramas... Y ahí me acordé de la Betsi y se me subió el ánimo. Casi todos los blocks estaban a oscuras, pero en el cuarto piso la Betsi tenía la luz prendida. «Aquí se me arregla la noche». Le golpeé la puerta y la Betsi me hizo pasar, que si andaba con problemas, si alguna desgracia había ocurrido. «Nada -le dije-, que no podía dormir y como vi su luz, podíamos conversar un rato, y si ella tenía tiempo... Se alegró la Betsi, puso la tetera y trajo unas galletitas. Buena

gente, así me gusta que a uno lo consideren, lo atiendan, yo la iba a recompensar.

Hablamos de que las noches estaban calurosas, que le gustaría ir a algún balneario, pero no le alcanzaba con lo que recibía del otro apartamento que arrendaba... Yo de a poco comencé a insinuarme, de que hacía tanto tiempo que éramos vecinos y como nunca nos habíamos juntado. Ella me las tiró directo, que no me olvidara que era mayor y que antes yo era sólo un niño; ahora teníamos los mismos problemas, la vida se hacía dura por parejo...

Ya se alargaba mucho la conversa y no pasaba nada. Así es que me saqué la chaqueta del jean y me fui a sentar a su lado. Le dije que tenía las piernas bonitas, como que se asustó, pero eso siempre pasa con las mujeres, primero como que se sorprenden, les baja el miedo, pero luego en la cama se sueltan y nadie las para. Mejor era ir al hueso al tiro, y me lancé, le sujeté las muñecas y la acosté sobre el sillón y le mandé un medio beso. La Betsi se enfureció, me mordió el labio y comenzó a gritar que era un caliente, que iba sólo a abusar de ella, que no tenía ningún sentimiento, y como que se puso a llorar. Ahí me dio pena y para calmarla la tomé en mis brazos y la pegué contra la pared para que me lo sintiera y le bajara la pasión, pero reaccionó con más fuerza y quiso echarme del departamento. Yo quería demostrarle que estaba equivocada, que no era así, que yo venía en la buena, le iba entregar cariño, no venía a machetear ni a sacarle nada. Entonces la tiré al suelo y le metí las manos debajo del sostén y le atrapé las

gomas, pellizcándole el pezón... Cualquiera otra con eso se hubiera rendido y de ahí nos hubiéramos revolcado y seguido toda la noche, pero la Betsi estaba atravesada, no me creía, se levantó como leona y partió a la cocina, salió con un cuchillo amenazándome que tenía tres segundos para salir. Yo me iba a ir, pero se alteró y comenzó a insultarme, que sabía que era un degenerado, igual de mugriento que mi mamá, que me iba a denunciar por venir a violarla, y seguía y seguía con las venas rojas hinchadas del cuello y gritaba como escupiendo. Yo fui a pegarle una cachetada, pero se tiró a cortarme y hasta ahí me llegó la paciencia. Si me iba a denunciar, mejor antes le daba una paliza, pero se puso histérica, me rasguñó y empezó a aletear como loca. Yo la agarré del brazo, le mordí la muñeca y ella empezó a tirarme el pelo. Le dije que la cortara, pero no me hizo caso. Ahí me poseyó la furia, le pegué una patada bien fuerte y sin darme cuenta, para que parara de gritar, le corté el cuello...

Alcanzó a abrir la boca, murmuró algo, y se quedó ahí tendida. La sangre corría como cuando se revientan las cañerías... Violento, violento, esto era mucho, no la podía creer y me fui despacio, como pidiendo permiso.

Crucé el pasillo y me tendí en la cama, esperando que llegaran a sacarme las fotos, a escuchar a las saps que ya todo lo sabían. Pero no llegaron y me quedé dormido. La vieja vino a despertarme, se asustó, estaba rasguñado y moreteado. Ahí le conté que nada, tranquila, que me asaltaron, pero tenía

manos para defenderme. Le pasé la chaqueta que estaba salpicada y le dije que me la lavara. Nadie vino a ver a la Betsi, así es que fui a comprar el pan, un poco de mortadela y me tomé el desayuno.

A eso de las once llegaron los tiras y los pacos, las ambulancias, todo lo que se ve siempre en la tele. Yo miraba desde la ventana, le pregunté al negro qué pasaba. El otro con cara de aturdido me gritó «se echaron a la Betsi»... Me vestí y salí a mirar, medio choclón, todos querían verla. Mi mamá lloraba, decía que por poco nos hubiera pasado algo a nosotros, tan cerca que estábamos.

EL ÁLBUM DE FOTOS

Sonaba el timbre insistentemente, quise levantarme de mi asiento pero un dolor agudo me impidió moverme. Habían terminado las clases y la sala quedaba vacía y yo petrificada en mi pupitre. Mis compañeras trataban de despegarme, me tiraban del chaleco, me abrían la blusa del uniforme, mientras la inspectora con sus dientes carnívoros insistía: «¡Tocaron, no escuchó que tocaron!», golpeando a la vez el escritorio con su libro de clases.

El ruido agudo del timbre no cesaba. Cuando abrí los ojos estaba en una sala verde, una luz roja tintineaba y varias mujeres de blanco me sujetaban. Traté de decirles: «Que habían terminado las clases, que podía levantarme». Ellas me aplastaban contra una cama y pedían que me tranquilizara. «Señorita, ya puedo moverme», les supliqué. Ahí llegó un señor que me abrió el pecho y al sentir ese órgano negro que buscaba mi corazón, me di cuenta de que estaba en una clínica.

Debo haber dormido bastante. Una luz luminosa

entraba a través de las cortinas blancas y una voz me repetía: «Claudia, Claudita, yo te voy a cuidar neni-ta, yo te voy a cuidar». Y ella es la que ahora me cuida.

Por eso cuando van a dar las cuatro y media de la tarde y el timbre vuelve a sonar, sé que ella está allá afuera, esperándome, con su sombrero, sus guantes y su cartera, cumpliendo fielmente la promesa que le hizo a mi madre. «Fue un juramento, Claudita», me repetía. «Ella a pesar de los terribles dolores, con su cuerpecito despedazado, pudo hablar y lo único que alcanzó a murmurar fue: cuida a mi niñita, Maruja, cuídamela». El recuerdo la hacía abrir su cartera, sacar su pañuelo de encajes para secar lágrimas que nunca vi escurrir.

Cuando llegábamos al departamento yo corría a mi pieza, tiraba la mochila y los cuadernos sobre mi cama. Ella me seguía, los ordenaba sobre la silla y luego me pedía que me lavara las manos. En el comedor la mesa ya estaba puesta seguramente desde temprano, su servicio de plata, su loza de bordes dorados, las tajadas de limón en un platito y las galletas de agua.

Antes que fuera a sentarme volvía a preguntarme: ¿Se lavó las manos? Su cariño diario era inclinarse sobre la mesa para despejar un mechón de cabellos que cubría mi cara, insistía que me veía tan desordenada, que para qué tapaba mi rostro, si era tan bonito. «Las mismas facciones de tu madre».

Luego tomábamos el té en silencio, acompañados por el tic tac del reloj. Era una preparación para lo

que vendría, para esa sesión cotidiana del dolor.

Cuando me ofrecía la segunda taza, que nunca acepté, se levantaba de la mesa, prendía la pequeña lámpara del salón y se dirigía a su pieza. Yo escuchaba cómo sus llaves trataban de abrir el mueble, para verla luego aparecer en el umbral trayendo nuestro único tesoro, como ella lo llamaba.

Yo me sentaba a su lado en el gran sillón, bajo la luz de la lámpara. Ella tomaba mis manos y depositándolas sobre el álbum rogaba al Señor, para que tuviera a mi madre en su reino y que su luz nos protegiera.

Hoy no empezaríamos de la primera página. Abrió el álbum en el medio. Ahí entre sus hojas granates una foto grande de mi primera comunión y otras cinco pequeñas...

Ella se concentraba en la fotografía, inclinaba levemente su cuello y empezaba a recordar: «De cómo mi madre se había preocupado tanto por el vestido, que ella la había ayudado a buscar las perlitas del cuello, que el misal era de carey, que la ceremonia había sido preciosa, que ella no salía en la foto pero que estaba justo atrás de ese señor peladito. La torta era de lucuma, habían asistido tantos niñitos. Fue la última vez que tu bisabuelo se levantó, que parecía novia, que ella aunque no se había confesado, sí había comulgado...».

Detenía bruscamente sus recuerdos, daba vuelta las hojas aceleradamente; yo sabía que vendría una foto amarga y lo único que quería era volverme sorda.

Se detuvo en una foto. Mi padre aparecía riendo del brazo de un amigo y más adelante mi madre con otras tres personas estaban sentadas en una terraza. Era una imagen precisa para inspirar su letanía.

«Míralo, sonriendo el sinvergüenza, que en paz descanse. Trataba pésimo a tu madre. Ahí está del brazo de otro caníbal. Mírala, pobrecita, se nota que estaba sufriendo. Yo no sé por qué nunca lo dejó, había tenido tantos novios con posición, educados; éste le envenenó el cerebro. Tú nunca te diste cuenta, pero cuando te ibas al colegio tu madre se sentaba a llorar, yo la consolaba, cuántas veces no le dije, deshácete de ese bruto».

Entonces como para no querer seguir recordando cerraba violentamente el álbum, se dirigía a la ventana y estrujando sus manos, aumentando el volumen de su voz, se llenaba de ira y vomitando fuego por su boca, gritaba: «Los quiso matar a todos el muy desgraciado, lo tenía preparado, estaba lleno de deudas y claro, sabía que tu madre se casaría con otro, que ustedes quedarían felices. A mí me rogó para que los acompañara, nunca me llamaba por teléfono pero ese día insistió. Maruja, ven, un paseo familiar, con su voz llena de falsa amabilidad, hipócrita, ojalá te estés pudriendo en el infierno».

Entonces ya llorando giraba su cabeza y aullaba: «Nos quería matar a todos y casi lo logra el desgraciado. Tú misma me contaste que cuando bajaban por la cuesta la Laurita le pedía que fuese más despacio, que nada los apuraba y él aceleraba y aceleraba. Se conocía el camino de memoria, sabía

que venía la curva y que de ese barranco nadie quedaría con vida. Tú no te acuerdas pero si hubieras visto el estado en que quedó tu madre, tuvieron que cortarle las piernas para sacarla de entre los fierros y ella con su carita desfigurada luchaba para vivir. Ayy, qué vida más desgraciada». Ahí gimiendo caía sobre el sillón y me abrazaba.

Nunca le creí. Yo sabía que eran mentiras, ya que en las noches alguien se sentaba al borde de mi cama y era él, con sus ojitos tan claros venía a preguntarme cómo estaba, que no me preocupara, que me estaba protegiendo, que ya cumpliría los veintiuno y me libraría, luego aparecía mi madre y los dos tomados de la mano me daban valor.

Una mañana en el desayuno le comenté a mi tía que había soñado con papá. Ella se alteró, tomó mi cabeza entre sus manos y apretándola fuertemente me repetía: «Ay, Claudita, no te quiere dejar en paz, viene a buscarte, no soporta que le hayas ganado». Luego corrió a mi pieza y roció mi cama con agua bendita.

Los domingos después de la misa en la capilla del cementerio, nos dirigíamos al mausoleo, y ahí, mientras adornábamos de flores el nicho, mi tía le contaba a mi mamá todo lo que yo había hecho durante la semana. «Aquí te la traje, Laurita, ves que está bien rosadita, se sacó un seis en arte, te acuerdas que tú también eras buena para la pintura». Ahí le rogaba que descansara en paz, que ella se preocupaba de todo, que en la tarde me iba llevar a la matiné y pasado mañana iríamos a ver a la tía Armanda, que

ella seguía con sus dolores a los huesos, pero que hasta que la niña no estuviese encaminada no se dejaría vencer por los malestares». Luego me doblaba la falda y le mostraba el ruedo que ella había cocido y reía: «Te imaginas, yo que jamás tomé una aguja, lo hago todo por ti, Laurita». Yo miraba la otra lápida, la de mi padre, y le decía: «Papá, tú sabes que no puedo traerte los claveles que te gustan, pero te traigo mi corazón lleno de flores». Cuando a mi tía se le agotaba el tema, me acercaba al nicho para que me despidiera de mi madre, nos persignábamos y nos íbamos. «Te fijaste», me decía, «nadie viene a dejarle ni un espino a tu padre porque todos saben perfectamente de que calaña era. Cuando tu naciste, ¿tú crees que siquiera fue a la clínica? Nada aprovechó que tu madre estaba en el hospital para desaparecer con una de sus mujerzuelas».

Yo sabía que no era verdad, que andaba fuera de Santiago y llegó de madrugada. Por teléfono supo que era niñita y me trajo unos aritos de oro que guardo envueltos en su corbata.

Había días en que no veíamos las fotos y un aire tibio alivianaba los muros del departamento. A lo más se volvía romántica y me contaba sus travesuras de adolescente, como le tiraba mensajes a sus pretendientes por la ventana y me leía unas antiguas cartas de amor. Pero cuando sentía el ruido de la llave en su armario y se sentaba en el sofá con el álbum abierto en su falda, mi mente transpiraba. Era como si repentinamente los muros se llenaran de escarcha. Ese día tomó la foto de nuestra primera

casa. «Era preciosa, la Laurita la tenía tan bien arreglada, como de revista, poco duró sí. Ay, cómo sufría mi pobre hermana».

A las tres semanas, se dio cuenta de que no le hablaba, que me entretenía con mi diario, haciendo mis tareas, escuchando música. Aquella tarde estaba peinándome y ella apareció con el álbum. Por primera vez le dije: «Tía, hoy no tengo ganas de ver fotos». Le tiritó la mandíbula, apretó el álbum contra su cuerpo y se retiró. Oía sus gemidos, sentía cómo se revolcaba en su cubrecamas.

Apareció con su pelo suelto, sus ojos rojos y enterrándome sus uñas en mis hombros, me gritó: «Es él, es él que se está metiendo en tu mente. Tengo que ayudarte, Claudita, tengo que ayudarte».

A partir de ese día me observaba constantemente. Al desayuno estaba cortando un pedazo de queso cuando un golpe fuerte sobre mi muñeca hizo saltar el cuchillo. Entonces me dijo: «Estás usando los servicios igual que tu padre». Esa noche entró desahogada a mi pieza gritándome, «que era una pervertida como el desgraciado». Del pelo me llevó al baño para mostrarme mi menstruación... «A quién quieres provocar degenerada», chillaba, mientras apretaba una y otra vez la manilla del excusado...

Me fui corriendo a mi pieza y les pedí a mis padres que me vinieran a buscar. Estaba suplicando al cielo cuando entró mi tía con unas pinzas en la mano. «No has visto tus pestañas», murmuró, «no las has visto, son iguales a las de Jaime» y aprisionándome contra la pared, me las sacaba una por una.

Al día siguiente cuando sonó el timbre no estaba esperándome a la salida del colegio. Llegué apresurada al departamento para encontrarla tirada sobre la alfombra, abrazando la foto de mi madre. Sollozaba repitiendo: «Laurita, protégenos, Laurita». Al verme se irguió, arregló su vestido y apoyando su cabeza en mi hombro, con su voz monótona insistía: «Él quiere destruirnos, no te das cuenta, él quiere destruirnos».

Para calmarla traje el álbum de fotos, puse las manos sobre la tapa y comencé a abrir sus hojas. Mi tía se fue acercando radiante, rejuvenecida. Apresuradamente se sentó a mi lado, retomó su voz tierna. «Ay, Claudita, ésa es cuando cumpliste seis años. Los gorritos los elegí yo en la casa Dumbo; ése de Princesita lo escogí para ti, venía con una varita de hada. Mira, ahí alcanzó a salir la estrellita. Ése es el niño hijo de los Sanfuentes, a ti te encantaba; mira, ahí se ve el burrito, jugaron toda la tarde». Al dar vuelta la hoja, una fotografía blanco y negro de papá cuando se recibió de abogado ocupaba toda la página. La tía no pronunció ninguna palabra. Con su índice recorrió su rostro, acompañado con un dulce sonar de sus pulseras; cuando había terminado de contornear la figura sonrió para exclamar: «Qué bien se ve Jaime, qué elegante; tu madre le arruinó la vida». Y apretó la foto contra sus pechos.

Cuando golpearon fui a abrir la puerta. Los dos hombres desplegaron la silla de ruedas. Ella rígida, con sus brazos endurecidos y sus uñas clavadas en el álbum, se alejó por el corredor.

LAS ASEADORAS DE LA ÓPERA

Entramos las cuatro alineadas, cada una con su balde y su trapero y al mismo tiempo empezamos a limpiar el escenario. Sabía que no íbamos a avanzar ni tres metros antes de que la Maritza dejara caer los utensilios y subiéndose las faldas, desarmándose el peinado, comenzara a zapatear, creyéndose la gran Martita de Lima. Luego se estiraría como lagarto, hundiría las mejillas para lanzar sus típicos aullidos y nosotras con la Julia teniéndonos que reír. La vieja Rosa diría: «Apúrense, cabras, que hay que llegar a la casa», pero nadie sabía lo que yo pensaba, ni que al recoger el sudor de tantos artistas un cosquilleo me bajaba por el estómago. Si parece que tenía dones; en los evangélicos me dijeron: «Tenís el don de la premonición, agradécele al Señor». Pero qué iba agradecer esto de estar viendo siempre desgracias. Sabía que aquella tarde después de apagar las luces, sacarnos el delantal, algo sangriento nos sucedería. Siempre preveía, lo sentía porque era como si me subiera la presión, como si tomara café con picardía.

La Maritza ese día zapateó más que nunca y la Julia le trajo el visón negro y se lo puso al cuello. La Maritza se rebajó los escotes hasta el borde de los pezones y se le agitaba el pelo de tanto taconear. Ese día hasta aplaudimos y ella saludaba a la platea, corría a esconderse y volvía a aparecer. Entonces pensé, es a la Maritza a la que algo le va a pasar, se está despidiendo. Le dije que nos fuéramos juntas, que había tantos malos por las calles. Se rió. «Mijita –me dijo–, a mí lo que me falta es que se me aparezca un malo y me haga zumbar, porque con ése que tengo en la casa ya no sé si tengo chucha o no». La vieja la hizo callar, que ahí en la Ópera no se podía andar con ese vocabulario y la retó y la Maritza por primera vez en diez años se le puso de frente y le dijo esto y lo otro, que acaso se le había secado la sangre de la zorra y por eso que andaba tan de pelos de punta. Ahí me quedó claro que se estaba despidiendo...

Después se calmó, pero los nervios de todas estaban tiritones. Se notaba por la fuerza con que tirábamos el agua y en la manera cómo trapeaba la Julia. Cuando creíamos que todo ya se había calmado y la Julia contó que tenía un rico mote con papas que la estaba esperando, la Maritza se levantó los vestidos y dijo: «Ahí tenís una chucha que se la puede con todos, a ver vieja que tenís vos pa' mostrar», y tuvimos que separarlas. A la pobre vieja le quedó sangrando la oreja y la Maritza trataba de sacarse los pedazos de uñas que le quedaron incrustados en la mejilla. No sé por qué yo me quedé quieta y adelantándome en el escenario, bien cerquita del borde,

balanceándome a punto de caer, comencé a cantar y canté tan lindo que la Maritza y la vieja se callaron y la Julia me tiraba del delantal y yo seguía cantando, la parte ésa de la japonesa que sufre de amor, y parece que seguí y seguí hasta que las tres comenzaron a remecerme...

Te volviste loca, me dijeron. La Julia se persignaba y dijo que me había poseído algún espíritu. Yo las miré no más y dije: «Apurémonos que se nos va hacer tarde». Y me desmayé...

La Maritza me echaba y me echaba agua y yo creía que me estaba ahogando en alguna playa y que venía un ángel y me sacaba de entre las aguas.

«¿Qué te pasa? —me preguntaban—, nunca te habíamos visto así». Yo no me preocupé, arreglé mis cosas, colgué el delantal y volví a sentir que me subía la presión. Entonces le dije: «Maritza, vámonos juntas».

Ya estábamos en la calle y yo mirando que no nos fuera a atropellar un auto, que no se le fueran a cortar los frenos a una micro. La Maritza hablaba y hablaba, de que se las iba a pagar, que esto no iba a quedar así no más. Yo la llevaba agarrada del brazo, fue ahí que apareció ese mocoso. Bonito era, de bluyines, una polera negra y llevaba las manos en los bolsillos. Algo le gritó a la Maritza, que se me soltó del brazo, y ahí estaban los dos conversando. Ella se movía y se movía, el jovencito se apoyaba contra el muro blanco del teatro y la miraba de arriba a abajo. No podía dejarla sola, entonces me acerqué y el mocoso me dijo que también tenía un amigo para mí, que era cosa de caminar un poco y nos iba

invitar a un café y escuchar música, para ver si le hacíamos al baile. La Maritza, como nunca, le decía que le hacía a lo que él quisiera y me dijo al oído: «A este cabrito me lo llevo al pecho, ven lesa, quizás el otro sea rebueno», y como tenía que protegerla me fui con ellos...

Así los tres nos encontramos en una pieza con un papel mural tan lindo, con esas flores grandes sobre un fondo rosadito. Los muebles sí que no me gustaban: al sillón le faltaba el mango y le habían puestos unas telas sobre el tapiz, por lo sucio debería haber sido. La Maritza le decía que era precioso su lugar, que le regalaría una pantalla para que no tuviera la ampolleta pelada. El trajo tres vasos, todos diferentes, y les echó malicia con coca cola.

Yo no quería aparecer apresurada, además la Maritza lo estaba pasando tan bien. Nunca la había visto tan feliz, con risas de verdad; casi se estaba enamorando. Igual yo me preguntaba dónde estaría el otro, el amigo que me tenía, aunque prefería que no llegase. «Son simpáticas ustedes», nos dijo y la Maritza le contestó que era amoroso y le movió las pestañas. Él se puso un poco vulgar, porque colocó su mano en el muslo y creo que se tomó su parte íntima o algo que llevaba en el bolsillo. La Maritza soltó unas carcajadas mientras yo miraba el parqué que estaba bien resquebrajado. Cuando levanté la vista ya estaban abrazados, él le lamía el cuello y le abría la blusa. Menos mal que golpearon la puerta, porque si no, quizás qué hubiera sucedido. Como soy tímida, miré por la ventana y vi que el cielo

estaba tranquilo; todavía no se producía la desgracia. Con tal que lleguemos al amanecer la Maritza se librará de la premonición, así pensé yo. Ahí sentí que me presentaban, yo le di la mano y no me levanté de la silla. Era lindo el mocoso, de polera color moradita, con un pelo rizado largo; si parecía mujer. Eso sí, sus ojos me dieron susto, fue como si viera adentro de un pozo negro...

«Suéltate, flaca, aprovecha», me dijo al oído la Maritza y se cruzó de piernas, con la falda bien arriba, apoyó su cabeza en el pantalón del lolo. Ahí me tomaron del hombro y el de los ojos negros dijo que se llamaba Samuel, que me iba a mostrar su cuarto. Yo estaba petrificada, no me podía levantar y por no ser mal educada le comenté que se le estaba resquebrajando el parqué, pero los pies se me movieron solos y comenzaron a zapatear, como lo hacían los del ballet norteamericano, y me desmayé otra vez...

Cuando abrí los ojos estaba tendida en el suelo, todo estaba oscuro, sentí frío y me di cuenta de que me habían sacado la falda y que un líquido helado me corría por el lugar del pecado. Ahí supe que habían abusado de mi persona, que habían violado el secreto que tenía guardado tantos años para aquel que mereciera mi querer, y fue tan grande el dolor, que mi cuerpo lloró entero. Las lágrimas me salían por los poros, me tiritaban los sesos y pensé en mi madre, en el pastor de la iglesia y le pregunté al Señor, «por qué me abandonaste, por qué dejaste que el mal poseyera mi cuerpo, Señor». Los ojos se

me salían de los párpados y se me estremecían todos los miembros y también el parqué, y se remecía la mesa y los vasos; todo temblaba con mi deshonor. Pero llegó como una luz, un rayo que me entró por la frente y tranquilizó mi pensar. Me di cuenta de que no me habían tocado el alma, tan sólo la carne, el cuerpo destinado a la podredumbre, y le pedí perdón a mi Señor...

Ahí fue que me acordé de la Maritza, de los dos lolos, de la premonición. Y corrí por el pasillo, abrí la puerta y ahí tenían a la Maritza. Ninguno estaba con vestiduras, la tenían como crucificada en la cama y vi lo que podía ser el infierno. El de pelo más largo la estaba ahogando con su miembro y la pobre Maritza estaba azul sin poder respirar; el otro le hincaba los dientes en el lugar del nacimiento y una lengua de víbora se introducía en su interior...

Ahí me sentí iluminada por la gracia y casi sin darme cuenta corrí a la cocina. Tomando el cuchillo más grande, que no era más que la espada del arcángel Gabriel, se lo enterré en el cuello al primer demonio que le comía las entrañas. El otro saltó de la boca de la Maritza escupiendo pus por su sexo, y aullando como Lucifer trató de atacarme, pero el arcángel me guiaba la mano y le clavé la espada en el pecho...

La pobre Maritza, que había quedado poseída, gritaba como loca. Pobrecita, estaba entera salpicada con la sangre de los monstruos. Yo trataba de calmarla y le repetía: «Te salvé, Maritza, te salvé, alabado sea el Señor».

ANTOFAGASTA 1888

Desde el amanecer poco se había avanzado, tal vez ni siquiera una legua. Las velas ya negras reflejaban el mismo letargo que los pasajeros de la fragata. Dos meses y medio y ahí estaban detenidos frente a esas costas acantiladas, frente a aquellas montañas amarillas. Faltaban sólo horas, luego de haber visto la mitad del mundo, luego del calor agobiante de los trópicos, de la belleza nunca creída; después de tanto verde, de tantas riquezas, de tantas emociones, él hubiera preferido estar golpeando la mesa de alguna taberna de Salamanca, contándoles cómo era aquel Nuevo Mundo, cómo los indios sí andaban desnudos, cazando con lanzas y pescando con piedras, pero a su vez cómo Lima, con sus balcones y callejuelas, asemejaba en belleza a Córdoba o Sevilla.

Genovio, afirmado en la baranda, se dejaba mecer por ese movimiento incorporado ya a su cuerpo. El velero se había transformado en un apéndice de su organismo, y a pesar de tanto odiarlo, mucho lo iba a extrañar.

Mrs. Claymore, golpeándolo con el borde de su abanico, le dirigió por sexta y última vez la palabra.

—Ha sido un placer vuestra compañía —acotó un poco sonrojada, y con un leve brillo en sus ojos agregó—: Me encantaría mucho pasar al *school* y recordar esta agradable travesía que gracias a Dios ha llegado a buen término.

Genovio un poco sorprendido asintió con una leve sonrisa, respondiendo a la muestra de simpatía por parte de quien venía a dirigir The New London School of Antofagasta.

Y en aquel atardecer del dieciocho de enero de 1888, se vio brillar a lo lejos las débiles luces de la Capital of Saltpeter.

Genovio deseó abrazar a alguien, tirarse al mar, subir y bajar cien veces los mástiles, pero sólo pudo enterrar sus uñas en la baranda y dejar que algunas lágrimas de alegría y nostalgia le nublaran la vista, divisando en un espejismo a su viejo padre, quien en el muelle de Barcelona levantaba su caña como último gesto de despedida. La silueta de su padre alejándose fue interrumpida por las campanadas que anunciaban una reunión en proa. Las velas se hincharon y se volvió a sentir el ruido sordo del mascarón estrellándose contra las olas.

Recordemos a los que no tuvieron la suerte de acompañarnos y roguemos por sus almas al tiempo que agradezcamos al Señor por habernos traído a buenaventura —fueron las palabras del capitán en aquella noche de verano. Todos de rodillas entonaban sus propias plegarias, mientras el silencio, el

mar, el crujir de las maderas y una tibia brisa les daban la bienvenida. Luego vinieron los abrazos, las risas y los cantos. Genovio fue obligado a traer su violín y aquella sonata en la rada de Antofagasta nunca volvería a tener tantas mejillas, tantas cejas, tantos ojos vibrando con cada nota, con cada tono, con cada sonar de aquellas cuerdas naciendo de una fragata detenida entre las estrellas y el desierto.

La llegada del *White Pearl* había sido anunciada reiteradas veces en el periódico *La Unión* de Antofagasta, y tantas como aquéllas los habitantes de ese puerto se habían aproximado al muelle para ver desembarcar a los pasajeros, que traían las nuevas del Viejo Mundo, cartas, telas, cristales, todo lo que sólo Europa podía proveer.

Pero en la mañana del 19 de enero de 1888, el anuncio de *La Unión* fue acertado. Los mástiles del *White Pearl* se avistaron a la altura de Mejillones. Desde tempranas horas los sombreros de copas y las sombrillas se aglutinaban en el embarcadero. Ahí estaban también presentes el alcalde, los representantes de las compañías salitreras, los dueños de almacenes y el pequeño orfeón de la guarnición, junto a una hilera de niños del London School of Antofagasta, quienes con sus banderas en cruz venían a recibir a Mrs. Claymore.

Delfina no había podido dormir aquella noche, el son de un violín lejano la había mantenido despierta y mientras su hermana Matilde le servía su segunda taza de té, divisó a través del brocado de la cortina cuatro parches blancos.

—Es el *White Pearl* —anunció Matilde—. En él viene la nueva directora del colegio de los ingleses; dicen que fue institutriz de una prima de la reina Victoria —el fin de su frase terminó junto al crujir de una galleta de soda.

—Me desvelé anoche —contó Delfina—. Después del paso del nochera me despertó la música de un violín; era tan suave, tan fina que parecía moldeada por las corrientes del mar.

—Seguro —dijo Matilde— que en casa de esas tuvieron otra de sus no muy santas tertulias —y volvió a masticar su galleta de soda.

—Puede ser, pero estoy inquieta.

Delfina se levantó y enredándose en sus faldas se precipitó al librero. Ahí junto a *Pasiones de un atardecer* y *La joven de Malta*, tomó en sus manos *El velo de Boloña* de Teodoro Fienzi y abriéndolo en la página 32 comenzó a leer:

«Fermina enrollaba sus rizos de miel entre sus dulces dedos almendrados, cuando el cielo de Boloña se pintó de ocre para ser testigo de ese encuentro de pasión entre Giovanni Venturi y....

No, no era ésa la estrofa y avanzando a la página 34 encontró el párrafo que le iba a confirmar su presentimiento.

«Fermina cerró sus párpados presa de un terrible remordimiento. El constante sonar de un violín le había impedido el descanso nocturno tan anhelado, hundió nuevamente su rostro en la espumosa almohada, y mientras las campanas echaban al aire su vuelo matinal, sintió que algo tan trágico como las

historias de Angelina le iba a empañar su destino y pétalos del rocío inundaron sus mejillas...

Delfina cerró el libro con un golpe tan estruendoso que Matilde llegó a atorarse. Ahí está escrito murmuró, el sonar del violín es un presagio. Los himnos del Orfeón interrumpieron sus pensamientos y vio al *White Pearl* con todas sus velas desplegadas entrar en la rada de Antofagasta.

—Vamos, Matilde, iremos a ver quién llega.

—Delfina, tú sabes muy bien que luego andarán comentando, que una va para adelantarse a las otras, lo que llega lo veremos luego, en la plaza o en el Club —y apretando la taza tomó un último sorbo de té.

Los pañuelos se agitaban en el embarcadero y los niñitos del London School entonaban un «God Save the Queen» al instante que el Orfeón irrumpía con un estridente vals.

Genovio, desde la baranda del *White Pearl*, absorbía todos los detalles de aquel recibimiento, interpretaba las nuevas caras que se asemejaban a los rostros de Madrid, observaba sus trajes y trataba de comprender tanta algarabía. Desde el muelle un señor de levita le hacía señas con su sombrero. Sí, debía ser el Director de la Orquesta Española; levantando el maletín de su violín respondió a los gestos de bienvenida.

La victoria avanzaba por la avenida Brasil, mientras don Francisco Vergara lo informaba sobre las actividades programadas: almorzaría con los de la orquesta, en la tarde sería recibido en la casa de doña Elvira Maclure y el sábado darían el concierto inau-

gural del nuevo teatro techado de Antofagasta, con la asistencia de todos los eminentes ciudadanos, más una delegación de congresales provenientes de la capital.

Genovio miraba con detención las calles de aquel pueblo sin escuchar las explicaciones de don Francisco Vergara, quien le detallaba los pormenores de una guerra «que tuvo como centro esta rica región, y si observa aquel muro verá...».

Este mundo nuevo llenaba de asombro al joven hispano; le impresionaban las construcciones de madera imitando formas similares a las del Norte de Inglaterra, que ahí en medio de la sequedad, entre el polvo y los minerales, se erguían con un elegante misterio. No comprendía a esas damas siguiendo un presunta moda de Madrid, junto a aquellos indios ataviados con las mismas vestimentas de hacía más de dos siglos. Le extrañó ver una pareja de orientales arrastrando un carro lleno de piedras, así como un cartel en lengua germana. Ensimismado apretó el violín entre sus palmas y sujetándolo contra el pecho, se dio cuenta de que él era otra de las tantas extrañezas existentes en esa ciudad de Antofagasta y sin darse cuenta comenzó a tocar una de sus más tristes sonatas.

El cochero detuvo la marcha y don Francisco Vergara sin comprender lo que sucedía se limitó a aplaudir aquella peculiar conducta del joven extranjero.

Delfina volvió a oír los sonos del violín y apresuradamente fue en busca de su hermana; ahora no

quedaría la menor duda sobre la veracidad de su historia. Y las dos tomadas del brazo escucharon absortas la misteriosa melodía. Delfina confirmó su presentimiento, el mismo trágico destino de Fermina de Boloña le estaba reservado a ella y aún sin poder creerlo, miró fijamente a su hermana sanguínea.

Matilde escrutaba el horizonte tratando de ubicar el lugar de donde podría emerger tal sonido y arreglándose el moño, con un soplo de suficiencia afirmó:

—Pero Delfina, si no son más que los músicos de la orquesta española que están ensayando para la inauguración del Teatro Odeón —y terminado su frase volvió a sentarse en el salón.

Ya habían llegado al hotel Esmeralda. Entre sus arcos esperaban los músicos de la orquesta española, ansiosos de conocer a su nuevo miembro. Al verlo descender de la victoria se abalanzaron sobre él abrazándolo, palmoteándolo, haciéndole un sinfín de preguntas que Genovio no alcanzaba a responder.

—Por lo guapo debe ser andaluz —comentó el trombista.

—Por lo caballero, castellano ha de ser —irrumpió el más anciano.

—Estáis equivocado —aclaró el cellista—, qué no le ven la nariz; catalán, cómo yo.

Don Francisco Vergara, luego de pedir silencio, declamó un pequeño discurso que Genovio agradeció emocionado. Así pasaron sus primeras horas, hablando sobre España, respondiendo a tantos requerimientos.

Jerónimo Hernández, primer violinista, fue asignado su acompañante de habitación, y mientras las camareras subían baldes de agua hirviendo, Jerónimo le comentaba sobre las virtudes de esta región, pero sobre todo le recomendaba que si estimaba su vida no tocara a las mujeres, pues acá todas llevan la peste en un estado tan avanzado, que al año os encontraréis si no ciego, al menos sordo.

Matilde delicadamente extendía sobre la cama sus mejores atuendos, tratando de elegir el más apropiado para lucir en la velada de los Maclure. Percatándose de que su hermana no la seguía en su ceremonial inquirió:

—¿Que acaso no vendrás a la reunión?

Delfina pensaba en su destino. Los hechos acaecían tal cual los había descrito Teodoro Frenzi en su novela. Fermina también había sido invitada por su hermana a la fiesta del Conde Lorenzi, organizada en honor a una compañía de cómicos de Burdeos. Pero ella había resuelto que la historia no se repetiría. Tomaría todas las precauciones, se adelantaría a los hechos, evitaría su desgracia. Miró nuevamente hacia el cuarto: ahora Delfina se probaba un sinnúmero de sombreros.

En los salones de doña Elvira, se habían reunido los más distinguidos ciudadanos de Antofagasta, quienes agrupados en torno a los braseros giraban discretamente sus cabezas ante la llegada de cada nuevo invitado. Don Francisco Vergara presentaba a su joven músico a las diferentes personalidades. Genovio creyó estar sobre el tinglado de alguna

opereta de provincia, saludó a unos oficiales semejantes a los de la pujante Prusia, recibió la bendición de un obispo púrpura y atendió a los consejos de un doctor salido de alguna estampa irlandesa.

A pesar de tanta amabilidad, de tanta cortesía, estaba inquieto y como siempre bajo tal sentimiento, tomó su violín y comenzó a interpretar una bella melodía. En ese mismo instante se asomaban al salón Matilde y Delfina. El espectáculo que se presentó ante ellas reproducía una escena parisina que alguna vez le habían descrito. Genovio en el centro creaba sonidos de tal esplendor que nadie osaba realizar ni el más mínimo movimiento que pudiese quebrar aquel estado de encanto. Y así como un flautista de Oriente, ese músico había logrado cautivar a los habitantes de la Capital del Salitre.

Aún no había terminado su segundo movimiento, cuando ya los aplausos retumbaban en la sala y no hubo dama ni caballero que no alabase al joven virtuoso. La emoción que embriagaba a Delfina sería la más intensa de su vida. No cabía duda alguna: estaba frente a quien produjo esos sonidos en aquella noche de desvelo. Y tal como Fermina en casa del Conde Lorenzi de Boloña, ella desabrochó su prendedor de plata y acercándose a Genovio lo depositó entre sus manos, al tiempo que repetía las mismas palabras que Teodoro Fienzi había escrito para Fermina hacía más de dos siglos: «Suceda lo que suceda, no olvidéis nunca esta noche, ni el brillo de mis ojos».

Genovio trató de sonreír, creyó que era alguna

cortesía local o alguna broma de sus colegas, pero al ver el brillo de sus pupilas se dio cuenta de que era el inicio de algo inesperado. No alcanzó a emitir frase alguna de agradecimiento, cuando ya Delfina se retiraba del salón.

Fuera de aquel incidente, la velada continuó como de costumbre. Se recitaron los poemas de rigor, se hicieron los brindis correspondientes y el son de los vales inundó el aire. Genovio comenzaba a amar a esos criollos, que viviendo en medio de la nada, sobreviviendo como náufragos, lograban sin embargo mantener una estruendosa alegría.

Lo primero que hizo Delfina al llegar a su habitación, fue tomar el libro de Frienzi, sólo así podría saber el destino que le aguardaba, y abriéndolo en la página 42, leyó:

«El sonar de los clarines de los celestes serafines trizaron los cristales de Boloña, en el momento supremo en que Fermina, estirando su brazo delicadamente como el cuello de un cisne, depositó entre las robustas y nobles manos de Giovanni Venturi su prendedor como prenda de su entrañable amor. Más de cincuenta *cavallieri* y príncipes presenciaron cuando Fermina, en un gesto inolvidable, levantó su velo para pronunciar aquella frase que Toscana por generaciones repitió: Suceda lo que suceda no olvidéis nunca esta noche, ni el brillo de mis ojos...».

Delfina leía extasiada. Ella había sido elegida para revivir nuevamente aquel trágico romance. Sus ojos se hincharon de rojo al leer el siguiente párrafo.

«Esencias perfumaban aún los encajes de las no-

bles damas de Boloña, cuando Dorotea, la hermana mayor de Fermina, agitando su abanico de seda, se aproximó al joven Giovanni para relatarle cómo ella en la víspera de Santa Rita no había podido cerrar sus párpados por culpa de su bella música».

Con una ira nunca antes sentida, Delfina destrozó aquellas páginas. No, no se resignaría a ser la víctima de una historieta. *El velo de Boloña* no reviviría en el desierto. Los eventos se iban sucediendo con rapidez; tendría que actuar ahora. En esa noche del 19 de enero de 1888 la maldición debía ser detenida.

El ruido seco de las herraduras anunciaron la llegada de un coche. Desde su ventana, Delfina presenció cómo Genovio abría la puerta del carruaje y ayudaba a descender a su hermana Matilde, al tiempo que besándole la mano le deseaba unas muy buenas noches. Delfina apretó el pañuelo entre sus dientes y esbozó un profundo gemido de dolor.

—¿Por qué desapareciste tan de prisa? La velada estuvo magnífica —fue lo primero que comentó Matilde mientras se dejaba caer en el sillón rojo—. ¡Qué cansancio! —suspiró—, no dejé de bailar con ese joven violinista; es castellano. Mañana vendrá en mi busca para asistir a la inauguración del Teatro Odeón.

—Tendrás que descansar entonces, anda recuéstate, yo te prepararé tu menta —fue todo lo que respondió Delfina.

En el Teatro Odeón se alistaban los últimos preparativos. Los ribetes tricolores adornaban ya los palcos y las recién inauguradas luces a gas alumbraban por primera vez tan majestuoso escenario. Se

había confirmado la llegada de la diligencia con las personalidades de Iquique, y desde la madrugada estaba anclado en la bahía el vapor *Constitución* procedente de Valparaíso, trayendo a bordo a un gran coro junto a dos sopranos argentinas.

Eran las cuatro de la tarde y Genovio, disculpándose un instante, salió del hotel Esmeralda en busca de un carruaje. «Aquí el sol nunca se acaba», pensó mientras el coche subía por la cuesta Prat. Al aproximarse a la casa de Matilde, vio cómo ella ya lo esperaba en la terraza, pero cuál no fue su estupor al darse cuenta de que aquella silueta no correspondía a la de su invitada, sino a la de aquella joven que le había entregado tan extraño obsequio. Trataba de buscar algún nexo, alguna explicación, cuando Delfina acercándose al coche, lo recibió con una amplia sonrisa y estirándole la mano, le pidió disculpas por la ausencia de Matilde, quien debido al fresco de anoche sufría hoy de una terrible tos. Genovio sonrió y ayudó a Delfina a acomodarse a su lado, viéndola tan destellante se convenció: se quedaría por el resto de sus días allí en la Capital del Salitre.

Cuando descendieron en el Teatro Odeón, el murmullo y cuchicheo de los presentes se amplificó y más de uno comentó que sólo esta tierra da hijas tan bellas y que el íbero en toda la península no hubiera encontrado a una mozuela tan pura y tan radiante.

Genovio acompañó a Delfina hasta el palco y luego de agradecerle su compañía se retiró para unirse a la orquesta. Y así, en medio del orgullo del

pueblo de Antofagasta, comenzó la inauguración de tan magno teatro.

Los discursos sucedieron a los coros y los aplausos retumbaron una y otra vez en aquella sala donde el rojo de los terciopelos de Orleáns se reflejaba en el blanco de los cristales italianos.

Esta vez no era Dorotea en el Teatro de Vicenza quien se extasiaba frente a tal espectáculo, era ella, Delfina. La novela de Teodoro Fienzi no reviviría en el desierto.

No había terminado aún la ceremonia y los invitados seguían levantando sus copas, cuando un puñado de gendarmes irrumpió en la sala y abalanzándose sobre Genovio le comunicaron su detención.

El estupor, la sorpresa y el alboroto que se suscitó son recordados hasta nuestros días como uno de los hitos memorables en la historia de la ciudad, y mientras los músicos se batían con los gendarmes tratando de liberar a uno de sus pares, Delfina presencié, con una indescriptible amargura, cómo Fienzi estaba escribiendo una nueva novela.

Fue *La Unión*, en su edición del 20 de enero de 1888, la que entregó las primeras informaciones de tan alevoso incidente. Decía que a doña Matilde Fernández y a don Genovio Rojas se les había visto danzar animadamente durante toda la velada en casa de los Maclure; incluso algunos invitados los vieron partir juntos en el mismo coche. Pero fueron los entretelones macabros los que conmovieron a toda la ciudad. Dicen que luego de envenenarla con

una agüita de menta, en una acto de animalismo procedió a violarla con macabros instrumentos y no contentándose con esto último, le infligió un sinnúmero de cortes en el rostro, desfigurando tan bella cara.

Aquella mañana los grupos que se amontonaban frente a la casa del suceso vieron a Delfina vestida de riguroso luto, con un libro entre sus manos esperando la llegada del carro de la gendarmería.

Mientras en la rada el vapor *Constitución* levantaba sus velas, Delfina, abriendo el libro de Teodoro Fienzi en la página 78, reveló al magistrado la evidencia de haber actuado en legítima defensa, pues en esas frases estaba escrito que Matilde le preparaba una terrible venganza.

Cerrando su libro, cubrió su rostro con el velo negro y lanzó al aire una risa que congeló las miradas de los habitantes de la hasta ese instante World Capital of Saltpeter.

EL SECRETO DE BERLÍN

Ahí estaba abrazándola mientras el ruido de los trenes no dejaba escuchar su voz y ella parecía decir que lo amaba. Pero el ruido cesó y las escaleras mecánicas presagiaban un inconmensurable peligro. Corrieron riendo, descubriendo que no se habían encontrado por azar. Él llevaba las mismas iniciales, tenía el mismo perfil, incluso el mismo sexo de su primer amor. Ella estaba segura, ya que su glándula ocupaba el mismo espacio entre sus labios, que el olor de las axilas, el largo de sus pelos era el mismo; no podía ser coincidencia...

Ya al anochecer, cuando su cuerpo la aplastaba y el sudor los envolvía, ella se sintió como una princesa del Nilo. Entonces lo invitó a Egipto a amanecer sobre las barcazas que descienden a Luxor, a transpirar desnudos en rincones ocultos que ella había descubierto. Pero él le tapó la boca, puso las rodillas sobre sus brazos y contempló cómo se agitaba, cómo la risa de sus ojos se transformaba en súplica y sus piernas comenzaban a moverse nerviosamente. Su

rostro tomó el color de las sábanas y el amanecer inundó la pieza. Todo se volvió azul, su cuerpo, el cielo, las paredes. La transpiración mojaba sus cabellos derritiendo el gel de su peinado. Acercó los labios a su oído y le dijo que no le sentaba, por eso iba a arrancarle ese tatuaje de Neptuno que esgrimía en su brazo...

Le enterró los dientes en sus poros y de ahí brotaron pequeños géiseres. Tembló; temblaba la alcoba, las sábanas, los ventanales. Incluso el árbol seco movía sus ramas a través de los vidrios; era ella estremeciéndose en su último espasmo. Sus pupilas se desviaron de su centro y vino aquella calma, esa paz de la que tanto hablaban.

Amanecía, retiró la mano de su boca, las rodillas de sus brazos, los dientes de su piel y la observó, desnuda, tibia, resplandeciente, con sus pupilas fijas, sus delgados labios semiabiertos, su cuerpo flácido, eternamente relajado...

Cerró las cortinas, tomó su mano y comenzó a entonar rústicas canciones, letanías de amor, himnos religiosos, baladas populares; hasta le entonó el himno nacional. Sabía que ella lo estaba escuchando, que cada frase era un banal reflejo de este mundo que ella felizmente había dejado.

Le ofreció un cigarrillo y arrodillándose a su lado, bajando la cabeza mientras su mano jugaba con sus dedos y dibujaba geografías en las sábanas, balbuceó palabras incomprensibles. Las lágrimas anudaron su voz y nublaron su vista; agitado se levantó y mirando a través de la ventana, apagó el cigarrillo

con su pie desnudo. Le pidió que llevara algunos mensajes, porque él sabía que aún estaba ahí, que faltaban más de tres horas para que su alma emprendiera el viaje final. Él lo había leído, que no se hiciera la tonta ni pusiera esa cara enajenada; él sabía perfectamente que lo estaba escuchando.

La tibieza del cuerpo indicaba su presencia; ahora la energía se retraía, acumulando fuerzas para el despegue final. Bastaba abrigoarla un poco y la cubrió con el acolchado de plumas. Subió el regulador de la calefacción, le estaba pidiendo tan sólo tres horas y que no tratara de enfriarse, de hacerle una mala jugada. Que no lo obligara a seguir buscando oídos atentos. Si no terminaba su relato, se vería impulsado a salir nuevamente a perder su tiempo en cafés y comidas, en paseos por bosques que ya no lo estremecían. Tendría que repetir las mismas palabras de amor y convencerlas que reteniendo la respiración obtendrían el orgasmo jamás vivido.

Debería nuevamente gastar su cerebro en historias atractivas, en discursos coquetos; se vería obligado a recorrer tiendas, buscando colores que lo hicieran ver tímido o agresivo, el ancho del cinturón, el diseño de la hebilla, todos aquellos detalles que él estudiaba cuidadosamente para atraer el ave deseada. Esto no era fortuito, por algo las flores habían evolucionado de acuerdo a los insectos o aves que deseaban poseer. Sabía que una costura doble en el muslo, la basta de un pantalón o el zurcido del zapato, eran elementos que se iban conjurando; era una metodología, una estrategia que

provenía de tiempos remotos. Por algo almacenaba la publicidad de los diseñadores y las fotos de los desfiles; incluso tenía todos los volúmenes de la historia del vestuario.

Había sido una mañana, cuando trataba de comparar el Metro de Santiago con el U-bhan de Berlín, para verificar si efectivamente el de su ciudad era el más limpio del mundo. No había terminado de contar las colillas y los envases de papas fritas cuando descubrió aquel pie aplastando un envoltorio que no pudo distinguir. Esto lo distrajo; había sentido algo particular en la fuerza que aquel pie ejercía sobre el detritus. Recorrió su pierna, le disgustaron sus medias floreadas y su mini de cotelé. Sin embargo, había algo en sus cabellos, en el reír de sus mejillas, pero sobre todo en su boina. No estaba a más de treinta centímetros de su cuerpo, sentía su olor, su transpiración tan germana, pero ella no logró percibirlo. Entonces, cada día a la misma hora, esperaba en la estación Nollendorff Platz que ella llegase corriendo, siempre atrasada, siempre en los momentos en que el último vagón dejaba su estela de aire caliente...

Observándola fue descubriendo cómo cautivarla. Usaría unos zapatos negros con punta metálica, pantalones con cierre en los costados, también se pondría una boina morada, le gustarán los guantes cortados y sobre todo libros; ella debería percibir una seña de su interior...

Así en los días siguientes se sentaba en el carro frente a ella y leía a Heidegger, a Heiner Müller o

ensayos sobre la vanguardia y el modernismo. De día en día vio cómo ella comenzó a distinguirlo. Hasta que le preguntó si hablaba inglés, así pudo decirle que era idéntica a la Condesa de Ripamonti de un cuento de Stendhal, que justamente llevaba consigo ese relato, que mañana se lo devolviera...

Se olvidó de la ciudad, del paisaje, de los turistas que venían a ver un imperio derrumbándose, olvidó dónde estaba, a veces descendía del U-bohn pensando que llegaba a una estación de Santiago.

Ella no se dio cuenta cuando ya paseaban abrazados. Lo despertaba a las tres de la madrugada para caminar a orillas de aquel muro y veían por sus orificios cuervos y conejos. Ella se entristecía por la suerte de aquellas aves y mamíferos que habían encontrado entre dos paredes de concreto el lugar más tranquilo de la tierra; luego recogía restos de cemento para que él los enviara a su país y se detenían sobre montículos de tierra, bajo los cuales surcaban los subterráneos de la Gestapo...

Así, día a día le fue mostrando rincones de romance y crimen, de fusilamientos y amor. Tomaban trenes en las estaciones de los deportados o se apoyaban en el muro donde Goethe escribió *Werther*. Lo fue amando; tanto lo amó que aquella noche, luego de dos orgasmos en los cuales su cuerpo se arqueaba y su cara revoloteaba en espasmos, deseando ser penetrada nuevamente, no le importó que ya no usara condones, que su piel se juntara con la de ella y que ambos participaran en el riesgo de la muerte. Ahora ella ya no podía obligarlo a recomenzar, tenía

que quedarse ahí, para escucharlo...

Su cuerpo se acercaba al frío y la increpó. La cubrió con sus abrigos y con la alfombra; sabía que una vez gélida no tendría a nadie cautivo y ella no sería más que un pedazo de carne del cual tan sólo tendría que deshacerse. Trató por las buenas y le murmuró al oído que si realmente era cierto que lo quería, que si no eran engaños todas sus promesas a orillas de los canales, debería permanecer tibia hasta el día siguiente, porque él tenía que contarle su historia.

Recostándose junta a ella apoyó la mejilla sobre su pecho y jugueteó con sus cabellos. Desde las alturas se veía tan sólo un pequeño huérfano entumecido de frío reclinado sobre el regazo de su madre.

Iba a relatarle su secreto, pero decidió primero tomar las fotos. Puso la cámara sobre el trípode, disparaba y corría para asumir las poses que indicarían que todo había sido fruto de la pasión. La besaba, la abrazaba, la arrimaba contra su pecho. Él, semidesnudo, con su cuerpo musculoso mirando de perfil, con su barba de dos días y sus labios carnosos sujetando entre sus brazos aquella doncella que encarnaba la verdadera entrega. La giró para la pose final, pero descubrió moretones de sangre en su espalda y aulló. Lo había hecho a propósito, le había arruinado su sesión. Entonces la golpeó, azotó su cabeza contra la pared, le pegó puntapiés en la espalda y ya desolado en su rincón, mordiéndose el borde de los dedos, sólo pudo pensar que ni aun en

ciudades lejanas podía huir de su mala suerte.

Pero ella se estaba enfriando, quería seguir martirizándolo. Tendría que amarrar su cuerpo a los radiadores de la calefacción, le ordenó los cabellos, le puso su boina y la sentó contra los fierros ardientes...

Ya calmado se extendió sobre la cama y acomodó la almohada. De su garganta salían palabras de disculpas; ella sabía de antemano, él le había advertido. No tenía más que recordar cuando en aquella sala oscura del Museo miraban absortos el rostro iluminado de Nefertiti y ella había exclamado: «Si hablara, cuánto nos podría contar» y él besándole el cuello agregó: «Que el problema de Nefertiti era el mismo que el suyo: si hablara, cuánto podría contar». Ella tan sólo lo miró con admiración, contenta, y se fueron abrazados por los jardines de Charlottenburgo, admirando cuervos y ardillas. Si ella hacía memoria recordaría que le había dicho: «Las miradas de los cuervos reflejan mi amargura». Ella refutó, diciéndole que era tierno como las ardillas. Y se sentaron a mirar los patos en el estanque del palacio...

Más aún, caminando sobre los adoquines y pensando en aquella ciudad que había visto tanta crueldad, él había culpado a Dios por haber creado seres imperfectos, malditos, mutantes, abandonados en esta masa de tierra helada llena de monstruos prehistóricos. Los otros, incapaces de asesinar a su propia especie, dejaron sobre los hielos este error de los dioses. Seguramente estos seres tan buenos, a

millones de años luz en algún planeta paradisíaco, aún recuerdan en sus leyendas su único pecado, el haber abandonado a sus semejantes en tan terrorífico lugar. Le contó que temía precisamente aquello, que incluso lo soñaba: veía el gene de la maldad posesionándose de su cuerpo y quería destruirlo.

Y ella besándole los dedos, lo amó todavía más.

El ruido de su cuerpo al desplomarse sobre las maderas del piso interrumpió su relato. Se estaba endureciendo y la tibieza se alejaba; tan sólo sus espaldas irradiaban un calor artificial. Así, presuroso llenó la tina con agua hirviendo y la depositó entre las aguas. Se veía hermosa como una Ofelia japonesa, pero su rostro se hundió y sus cabellos afloraron a la superficie. Tendrás que oírme, le gritó, basta de artificios, y tomando la cuerda de colgar ropa, le amarró el cuello y la ató a la barra de la cortina, para mantener su cabeza suspendida, atenta.

Ya sentado al borde de la tina imaginó ser un barquero del Nilo y meció su cuerpo al son de las olas ribereñas. Con un delineador dibujó dos jeroglíficos sobre los azulejos y sintió una profunda claustrofobia. Tal vez estaban en alguna tumba perdida en el valle de los faraones iniciando el viaje negro hacia la otra vida. «No querías venir, ya llegamos, no ves que todo sigue igual». No había para que alejarse de Berlín, de Santiago, de su cuarto de la calle Los Aromos.

Él le había dado signos múltiples veces, le dio más oportunidades que a ninguna, pero su ceguera, su

estrechez mental, causada por el amor, no le habían permitido percibir las. Le recordó aquella noche cuando en la cocina él despedazaba aquel pollo y una profunda aversión lo poseyó y le gritaba que éramos asesinos, que los supermercados eran peores que los circos romanos: estanterías llenas de especies enlatadas, congeladas, clasificadas, todos indicios de maldades mayores que se avecinaban. Y le había llorado como a nadie, le había mostrado sus lágrimas, su terror por esa crueldad que llevaba incubada, que lo había obligado a realizar acciones que un día le contaría.

Decidió nadar con ella, entremezclar sus cuerpos en el agua, purificarse, y hundió su rostro en la tina. Sumergiéndose en las más hondas profundidades, contenía la respiración y besaba su vientre, sus senos. Emergió como una ballena botando agua y aire. Le limpió un hilo de líquido amarillento que se escurría por el borde de sus labios, le aseguró que con nadie había hecho esto. Y sonrió, tomó su mano y la hizo recorrer los pelos de su pecho, el diseño de sus vellos y sintió que se excitaba, que su sexo irrumpía de entre las aguas escurriendo su propio líquido.

Se secó con la toalla blanca, observó sus cejas en el espejo y descubrió que su grosor era el más claro indicio; por eso en dibujos y películas, en recortes de diario, había notado que el germen del terror anidaba en esos pelos negros que enmarcaban los ojos. Mirándola compasivo le dijo: «Si tan sólo me hubieras afeitado las cejas...».

Le besó la frente, y el goteo de sus lágrimas sobre el agua ya helada de la tina anunciaban los segundos finales. Ella estaba fría, se había ido, no quiso escuchar su secreto, nunca lo había amado.

Desconsolado se vistió para ir nuevamente a sentarse en los andenes de la Nollerdorlf Platz.

EL RETORNO DE GABRIELA

Escuchó cómo los escolares cantaban sus rondas y reconoció a través del vidrio la figura del Presidente. Los himnos de las bandas militares irrumpieron y sintió aquella oscuridad que le era tan familiar. Tan sólo cuando el cardenal de Santiago bajó la tapa de su sarcófago, se esfumaron las hendiduras de sus labios, abrió sus párpados y al divisar el brillo del más allá supo que ya no tendría nada más que ocultar...

Habían pasado dieciséis años y su secretaria le leía una vez más una de las innumerables invitaciones para que acudiera a su patria. Querían hacerla suya y ella se negaba; sentía tal vez que la engañaban. «Declararán festivo, la Universidad de Chile te honrará con el Doctor Honoris Causa, todas las municipalidades desean darte sus llaves, los regimientos desfilarán». Ella levantó su vista, dejó los anteojos sobre su falda, sus manos nerviosas abrocharon el último botón de su chaqueta y vio a su madre llorar cuando leía aquel certificado que la

declaraba «incapaz para cursar estudios superiores». Aquella mujer de negro logró sólo tomar la tetera, llenar su mate y contemplarla dulcemente. Lucila corrió cerro abajo, enredando sus faldas en los cactus, llenándose de polvo, para mirar el cielo y suplicar. «Padre nuestro, porque te has olvidado de mí». Se vio corriendo por el pueblo de Vicuña, seguida por fantasmas de trenzas y delantales, tirándoles guijarros, acusándola de usurpadora. Toda su impotencia explotó en sangre a través de su cráneo. «Volver», murmuró. «Qué respondo», preguntó Doris, penetrándola con una mirada llena de ternura. Lucila se levantó para divisar cómo las luces de los rascacielos comenzaban a iluminarse, creando una constelación en el horizonte de Nueva York. Volver para divisar las estrellas. Palpó sus manos ya arrugadas, tomó la Biblia y apretándola firmemente, sintió cómo su corazón latía. «Volveré, pero irás conmigo; estarás siempre a mi lado».

El rostro de Doris se iluminó; sabía lo que aquello significaba y antes que alguna duda pudiera brotar en la mente de Gabriela tecleó desaforadamente la respuesta.

Prendiendo su octavo cigarrillo, los pliegues de su frente se distendieron y hablando a su sombra reflejada en el vidrio, afirmó: «Iremos en vapor, partiremos con la nieve, despojando nuestras ropas al aproximar el Ecuador y nos vestiremos de primavera para llegar en septiembre». Tenía susto, pavor de tantas miradas escrutándola, recelo de sonrisas falsas y mujeres de manos enguantadas, sombreros

emplumados y bocas de rojo. Cuales gallinas excitadas posarían a su lado, para luego blasfemar sobre su rostro tan indio, sus manos tan masculinas, su poesía demasiado infantil.

Quebraría su promesa, volvería en vida. «Doris, creí que mis males me destruirían, pero parece que el señor desea que yo retorne. No me llevará a su reino hasta que pise nuevamente mis tierras; está castigando mi soberbia. No, no debo desobedecer sus designios; vamos y verás que luego me dejará descansar».

Desde el Morro de Arica avistaron a lo lejos el vapor *Santa María* y varios creyeron ver una figura resplandeciente en cubierta. Se tocó la diana, el alcalde arreglaba su corbata, los escolares ceñían sus delantales mientras decenas de goletas y barcazas se lanzaban mar adentro... «Éste es mi desierto», le dijo a Doris mientras la tomaba del brazo y al divisar las costas, no fue alegría la que brotó de sus labios si no un enorme suspiro de tristeza.

El vapor fue recorriendo el litoral y ella divisaba los arrecifes, los pueblos engalonados, levantaba su mano en algo que más que un saludo era una despedida. Faltaban pocas horas para llegar a Valparaíso, cerró sus maletas, lamentando no poder seguir palpando las costas desde la distancia y enfilarse hacia el estrecho para sentarse nuevamente en su casa de Isla Larga, recordando lo que nunca fue.

El *Santa María* atracaba al muelle, uniéndose el sonar de su sirena a la de los otros barcos, y ella escuchaba el repicar de las campanas, preguntando

qué santo se celebraba hoy. Y ahí al borde del muelle una niña sin sandalias agitaba una bandera y mientras bajaba la pasarela y sentía apretones de mano, ruidos de cámaras, siendo engullida por una multitud de concejales, militares y notarios. Ella se acercó para recibir el clavel que aquella niña apretaba contra su pecho.

El viento levantó su cabellera blanca y pasando las manos por su corteza sintió las protuberancias de su cráneo. La tercera profecía del peluquero se cumplía: «Pisarás tierras lejanas que siendo tuyas no amamantarás».

Sus pies no sentían la dureza del muelle, su abrigo como manta voladora se hinchaba y ella vio desde los aires multitudes que agitaban banderas, miles de bocas abiertas y millones de dientes amarillos.

Ya en el vagón sintió la tibieza de la mano de Doris que le entregaba una taza de café, apagó su cigarrillo, creyó que los trigales la llamaban o que los sauces lloraban por ella y asomó su perfil enfrenándose a hileras de escolares que se fundían con los rieles del tren hasta el horizonte. No había más que niños que despedían el eco de su nombre. «Ves, Doris, los trigos son talles de niñas, las olas son ronda de niñas jugando a la tierra abrazar».

«Espero que no sean las mismas palmas que recibieron a Cristo en Jerusalén. Me han llamado demasiado tarde...».

Al acercarse a Santiago quiso gritarle al conductor que se detuviera, deseaba abrir sus maletas, tirar sus prendas al aire y descender desnuda tan sólo con

su alma como coraza. El silbido de la locomotora y el retumbar de las voces amplificadas en el techo metálico de la estación le anunciaron la llegada a aquella ciudad que la había hecho dormir en fríos aposentos, aquella ciudad que le había negado su pensión, obligándola a escribir para llenar gacetillas y obtener tres denarios.

La subieron a un auto descubierto, rodeada de treinta y seis huasos a caballo, decenas de escolares con sus estandartes abrieron el desfile. Ella levantaba su palma ofreciendo sus dedos arrugados y la felicidad que nunca supo dónde encontrarla... Doris, sentada al lado del chofer, miraba estupefacta a través de sus lentes de ojos de gato. Tan sólo en el desfile de la Quinta Avenida al fin de la Segunda Guerra Mundial y en las grandes producciones fílmicas de su país, había visto tanta algarabía y eran para ella, para la mujer que solitariamente cortaba gladiolos en su casa de Long Island, la mujer que reía con los poemas insípidos que le mandaban, la mujer que llenaba ceniceros y desparramaba tazas de café por las habitaciones. Era para ella, cuyo calor sentía todos los atardeceres cuando se paseaban brazo a brazo frente al mar. Era para ella, que esta parte del mundo había detenido su horario para salir a conocerla, a saludarla, a decirle como en un radio teatro, «la maestra que llegó a ser reina». Esta gente no tenía estrellas de cine, ni ídolos y sin saber lo que ella había escrito, reencontraban un santo. Giró la cabeza para comentar con Gabriela, pero el asiento negro del Oldsmobile descapotable estaba

vacío. Ella viajaba ● través de las pupilas de los que alineaban aquella insípida avenida...

Se acercaban al palacio y el sonido de las bandas militares apagó el grito de las gentes. Gabriela miró en silencio. Las escuelas de aire, tierra y mar, los tres elementos que ella tanto amaba, le rendían sus honores. Los dolores de la guerra llegaron a sus sentidos y saludándolos les pidió que nunca en estos dominios fueran a sofocar el aire, a ennegrecer el mar y a horadar la tierra. Llegando ya a las puertas del palacio presidencial un escalofrío recorrió su cuerpo y preguntó dónde estaba Doris. Eran las seis y media y le dijo: «Éstos son los atardeceres que tanto te comentaba». Pidió descansar, en el salón blanco se sentó y rogó por que la blancura artificial de esa pieza se transformara en la blancura del Espíritu Santo y que en esa casa nunca fuese a emerger la sombra del mal. Se levantó y las puertas del Salón de Honor se abrieron. Caminó entre las molduras doradas con los aplausos de los senadores, ministros y reverencias del Presidente y su señora. El cuerpo diplomático de gala le rindió honores, pero ella miraba a través de los ventanales a un niño casi estrangulado por los cordones de seguridad, murmuró: «Gracias por venir, hijo mío, gracias por no haberte suicidado». Sintiendo que su presencia se alejaba de aquel acto, el Ministro abrió los ventanales que daban frente a la gran plaza, donde miles aclamaban su nombre, y les dijo: «Aquí os la dejo, pueblo, que queréis escucharla». Ella avanzó lentamente y su figura gris fue emergiendo, y aferró sus

manos al borde del balcón. Las mujeres que no pudieron alcanzar esa gloria soltaron las lágrimas, por al menos ser de un mismo suelo, de ser mujer sin hombre, de ser sola, alta y morena como ellas también lo eran...

Pero desde el fondo del salón escuchó un murmullo y éste le hirió los tímpanos, aunque no pudo contestarles lo que después Dios le dijo.

«Lo único que te he dejado es una lámpara para tu noche, las otras se apresuraron y se han ido con el amor y el placer. Te he dejado la lámpara del ensueño. Y cuando los hombres pierdan su oro, su esposa o su amante, sólo entonces vendrán a saber que la única rica eres tú, porque con las manos vacías, con el regazo baldío, en tu casa desolada tendrás el rostro bañado del fulgor de tu lámpara. ¡Y sentirán vergüenza de haberte ofrecido los mendrugos de su dicha!»

Así mientras Doris colocaba en su índice inerte aquel anillo de esmeraldas, ella sonrió por una eternidad.

LA GORDA

Ay, gorda, por favor apaga la radio, cierra las cortinas que este sol de madrugada me abruma, me cripa las pestañas, me arruga la piel, me van a salir granos en la frente, hasta herpes o quizás qué cosa. ¿Has visto algo más atroz que un sol a las diez de la mañana?

La gorda se acercó a los ventanales y con sus ojitos redondos, su boquita pintada de rojo, esbozó una pequeña sonrisa de satisfacción. En la playa, Jorge rastrillaba la arena, recogía unos envoltorios de helado para luego detenerse y levantando su gorro de tenista deslizaba su amplia mano velluda sobre su frente. A la gorda como que se le abrieron los párpados y sin darse cuenta levantó las dos manos sobre su pelo negro y se armó un moño.

Jorge le daba la espalda y su traje de baño de elástico rojo hacía resaltar la redondez de sus nalgas y la estrechez de su cintura. Cuando giró su cabeza, la gorda levantó tímidamente la mano para bosquejar un saludo. Sabía que desde la playa ella no era

más que una silueta, un bulto que se camuflaba entre los pliegues de la cortina...

—Gordita, la cortina, *please*, que estoy agotada. Estos brutos me dejaron molida, la coca cada vez más cortada, para mí que le están poniendo anestesia o anfetás. Antes uno amanecía regio y ahora, como si hubieras jalado azufre. Ay no sé, ven acuéstate un rato, aquí a mi lado, te vas a morir cuando te cuente.

La gorda cerró las cortinas, se sentó al borde de la cama, tomó un cigarrillo y lo prendió. Las historias de la Pancha, fueran ciertas o falsas, eran lo que más le entretenía...

La Pancha hablaba y hablaba, le contaba que se había subido a cualquier auto, que a la salida del Charlies había quedado loca, loca, que le habían metido de todo por todas partes, unos niñitos de diecisiete años que te tratan de maravilla. Ella tendida en el station como Cleopatra con sus cuatro esclavos, qué más quería, porque antes de que se lo coman los gusanos, mejor que se lo coman los cristianos, y no terminaba de reírse cuando empezaba a toser como tuberculosa y la gorda corría para traerle el juguito de naranja que le preparaba todas la mañanas.

Cuando ya daban las diez de la noche y la Pancha había terminado de ducharse, el teléfono sonaba una y otra vez y las citas eran tantas que no sabía cómo las cumpliría todas en una noche. Luego, le mostraba tres o cuatro tenidas, preguntándole si le parecía la polera negra con la mini «o mejor me

pongo los lycra apretados y el bermuda encima». La gorda abría los ventanales para que entrara la brisa marina, para que entrara también a sus ojos la silueta de Jorge, que ya con polera se tomaba una bebida sobre las escalinatas, a veces rodeado de amigos, otras solo, y ella imaginaba que él la estaba esperando; sentía su soledad, su necesidad de compañía y unía su mirada al horizonte con la de él, absorbiendo juntos el tintinear de las luces de Valparaíso.

—¡Ay!, gorda —aullaba la Pancha—, están tocando, anda a abrir, que no estoy lista.

Y ella iba, abría la puerta y se enfrentaba a sus sonrisas de pasta de dientes, sus pieles bronceadas. Alguno le hacía un guiño simpático, luego se tiraban sobre la alfombra, se alargaban sobre los sillones y ella desaparecía en su pieza... Y los escuchaba...

Oía risas, palabras incomprensibles, y era la Francisca que hacía su entrada tímida con el típico «hola, cómo están. Bueno, vamos andando y, adiós Loreto, nos vemos por ahí».

Después el golpe de la puerta, los pasos que se alejan y el silencio. La gorda desde el ventanal los veía subirse al auto y desaparecer por la costa. Entonces, se sentaba en el sillón, apretaba el control remoto y se quedaba viendo los programas nocturnos, pensando en Jorge, en su dieta, en el día en que él la iba a tomar entre sus brazos y se quedaba dormida sobre el sillón...

—Divine, divine, gorda, lo pasé divine —gritaba la Pancha mientras dejaba caer su cuerpo en el sofá, tirando sus zapatos al aire. La gorda sabía que ella

nunca iba a ser así, que no desperdiciaría su cariño, que se entregaría al amor y lo cuidaría por una eternidad.

Amaneció con neblina y el movimiento en la playa comenzó más tarde. La gorda se sentó con su café esperando la llegada de Jorge. Veía los buses acercarse por la cuesta y no podía contener los nervios, imaginando que en ése podría venir, escudriñaba a los que se bajaban en el paradero con el alma en un hilo...

Cuando finalmente lo veía descender, siempre tan caballero, ayudando a una señora o bajando algunos paquetes, ella se relajaba, echaba hacia atrás su silla playera y a medida que el sol la hacía transpirar, se sacaba la blusa, se acomodaba el sombrero de paja y ahí se quedaba, pintándose las uñas, leyendo alguna revista, alucinando con Jorge. Él, sobre su podio de salvavidas, ella en la terraza del séptimo piso, los dos contemplando sus dominios. Así el día transcurría, interrumpido por los llamados de la Pancha.

-Aaay, gorda, tráeme un agüita mineral. Te pasaste de amorosa, gracias.

Mientras la Francisca enrollada entre las sábanas seguía durmiendo y Jorge recorría los bordes de la playa, ella, acomodando su silla, pensó, «éste sí que es un verano».

Cuando ya daban las cinco de la tarde, se ponía sus sandalias y bajaba para caminar entre las rocas y el reventar de las olas. Así, equilibrándose entre piedra y piedra descubría pequeños moluscos, ba-

ñaba su rostro con el salpicar del agua salada y se imaginaba recorriendo los prados de Irlanda, caminando al borde de los acantilados, con un vestido largo floreado, flotando al viento, despidiendo goletas que se alejaban. Se veía desde el aire, en esa inmensidad verde, frente a un mar rugiente y amenazantes peñascos, ella corriendo con su falda al aire. Guiada por un impulso incontrolable aceleraba el paso y comenzaba a saltar de peñasco en peñasco al son de su música imaginaria. Los que tomaban sol entre las piedras, los niños que buscaban estrellas de mar, las ancianas que arremangaban sus faldas, descubrían asombrados a esta mujer que avanzaba sobre las rocas como una verdadera bailarina; más de uno la aplaudía, otros le gritaban advirtiéndole el peligro de resbalarse.

En el punto más alto se detenía, se sentaba enrollando sus vestidos alrededor de sus piernas y trataba de adivinar entre cientos de diminutos personajes que cubrían la playa, cuál era Jorge.

Más de una vez pensó tirarse a las olas y dejarse engullir por las aguas, en ese maravilloso vaivén, para ser tan sólo despertada por un brazo que tomándola del cuello la llevara hasta la orilla, sus ojos abriéndose al sentir la tibieza de sus labios, la suavidad de su aliento y ella se dejaría transportar en sus brazos, así podría volver al día siguiente con algún presente y entregárselo en honor a su bravura y en agradecimiento a su vida, luego podría invitarlo a cenar y le prepararía ese küchen de manzana que tan bien sabe hacer, llenaría de flores el departamento y

por primera vez le pediría un favor a la Pancha, que la dejara sola por toda aquella tarde...

Cuando ya la playa comenzaba a vaciarse y la brisa marina le provocaba pequeños tiritones, tomaba sus sandalias con la punta de los dedos y se iba caminando por la costanera. Era su momento de mayor sufrimiento. Tener que enfrentarse con aquellas niñas que apoyadas en los autos, conversaban alegremente. Sus risas eran como punzadas al corazón, pero trataba de disimular y se iba mirando el suelo o con la vista en la torre naranja de su salvavidas...

Tratando de no hacer ruido introdujo la llave en la cerradura del departamento. La voz de la Pancha precedió su entrada.

—Gorda, al fin llegaste, me tenías súper preocupada. ¿Dónde andabai escondida?, no te divisé por ninguna parte. ¡Ay!, pero gorda pajarona, dime algo, mírame fijamente, aquí, aquí, no ves, tengo ojos azules, me los prestó la Carolina, dime que no son magníficos.

—Te quedan bonitos, Pancha —comentó la gorda.

—Y a ti, ¿cómo te fue?, cuéntame. Yo bajé de pura aburrida, no tenía ganas de nada, pero este tipo estupendo, mejor que ése del videoclip que te gusta a ti, pero mucho mejor, justo que pone la toalla a mis pies, me tenía súper nerviosa. Yo en la nada misma, no hacía más que levantar la cabeza y ahí estaba sonriéndome. Bueno, te abrevio, terminamos conversándolo todo, y te digo, ahora debe estar desesperado esperándome en el Charlies. Beso gordita y no le abras a nadie...

La gorda prendió la radio, cerró sus ojos y bailó... Todo su cuerpo se agitaba al ritmo de un reggae, se detuvo tan sólo cuando la voz de Jorge la invitaba a sentarse y los dos cruzaban sus miradas en esa mesita pequeña sin decirse ninguna palabra. Ella esperando que él se declarase o que le tomara la mano y apretándola sintiera el calor inconfundible del amor, sus cuerpos se fundirían en uno y ella estaría tan feliz. En medio de aquel éxtasis de alegría se detenía bruscamente al descubrirse abrazada a un cojín. Le habían dicho que escribía bien, tal vez enviándole algunas letras a Jorge él comenzaría a preguntarse quién escribía aquello que era idéntico a sus propios pensamientos. Abrió su block y comenzó lo que sería una larga correspondencia con su salvavidas.

«Tal vez te extrañe el recibir esta carta, tú no me conoces, yo seguramente no seré para ti más que uno de los miles de granos de arena que contemplas diariamente. No quiero que pienses que soy una fresca o una lanzada, pero dime, cuando miras el mar, ¿imaginas siempre la tierra que está al otro lado del horizonte y crees que allí hay otros jóvenes como nosotros que también nos contemplan? Cuando recibas ésta, y si estás de acuerdo, agítala, yo te veré, perdona de nuevo...».

Fue una larga noche de insomnio para la gorda, su cuerpo no podía estar tranquilo, se revolcaba entre las sábanas, acomodaba una y otra vez su cabeza

sobre la almohada, despedazaba lo que había escrito para volver al instante a delinear las mismas letras. Dudaba, si no levanta su brazo... a lo mejor recibe cientos de cartas, me creerá ridícula, pensará que es de una loca, qué puedo ofrecerle. Divagaba mientras apretaba entre sus dedos sus voluminosos rollos de carne que anidaban alrededor de su cintura. Venciendo todos sus temores, realizando la osadía más grande de su vida, entregó la misiva a un niño que corrió por la costanera, y a las tres de la tarde, Jorge agitó una carta al aire...

Se sintió como una reina de belleza coronada, escuchó los aplausos y los vítores y ella solamente pudo esconder el rostro entre sus manos...

Con el pulso tembloroso escribió una segunda carta.

«Jorge, no sabes la alegría que me ha producido un gesto que seguramente para ti es tan pequeño. Pero cuando levantaste tu mano para mí fue tan importante, siempre he sentido al observarte abrir los quitasoles y clavarlos en la arena que te sientes como un mago sembrando maravillas en un campo desierto; si es verdad levanta tu mano... Por favor».

A las cuatro de la tarde Jorge, desde su andamio, volvió a agitar un papel en el aire.

La gorda no pudo más que arrodillarse, elevar su cabeza al cielo y agradecer los instantes más deleitosos de su vida.

Ya serena, casi segura de que una unión inconfun-

dible se establecía, escribió su tercer mensaje, revelando su primer sentimiento.

«Jorge, espero que no te vaya a dar susto ni pienses que soy alguna hechicera, ya que dos veces he descubierto tus pensamientos, pero estaba tan segura. Antes de presentarme, si no es mucha la molestia, quiero que me respondas nuevamente... Cuando ves tantos cuerpos ardiendo bajo el sol volviéndose negruzcos, ¿no imaginas una parrillada gigantesca y el olor de los bronceadores como el del aceite hirviendo...? Te quiere tu amiga desconocida».

A las cinco treinta, Jorge se levantó sobre su silla y agitó por más de un minuto la papeleta al aire, tratando de descubrir a la autora de aquellos insólitos recados.

¡Aaay, Loreto!, pellízcate para ver que no sueñas, se dijo a sí misma, apretando su brazo hasta que el dolor la convenció de la veracidad de su vivencia. Cuando escribía su cuarta misiva no disfrutaba ya del mismo éxtasis, sentía sólo una profunda presión sobre su pecho.

«Jorge, me has hecho vivir los momentos más maravillosos de mi vida... ya no te pediré que agites tu brazo... ni te molestaré más con mis escritos... Sé que nos amamos y quiero que esto perdure para siempre, en un momento más me conocerás».

La gorda tomó un alfiler y se prendió la misiva al pecho, apagó la radio, estiró la cama de la Pancha, abrió bien los ventanales y como un pelícano que inicia su vuelo, extendió sus brazos, aleteó y corrió por el departamento cual aeroplano en su despegue inicial. El sillón, los cojines, su bolso, la lamparita, la silla sobre la terraza y las toallas de la Pancha desfilaron por sus ojos. Al pasar por sobre la baranda ya había despegado.

Una exclamación profunda recorrió la playa cuando el certero golpe le dio el puntaje necesario al equipo local de vóleibol...

La gorda yacía en la costanera con sus manos abiertas, sus cabellos despeinados, su misiva en el pecho.

EL SELLO DE LA JIRAFa

Había terminado de llenar las cuatro hojas que correspondían a Liberia y observaba esa jirafa amarilla ya un poco desteñida de Guinea Ecuatorial; consultaría una vez más el manual *The Guider's Book to Weird Stamps*, publicación única que alguna vez compró a los vendedores de la Plaza Real de Madrid.

Ahí estaban alineados, guareciéndose de la lluvia y de los autos que pasaban con sus banderas negras. Observaba la primera edición de la colección *Santos de España*, miró de reojo y se dio cuenta de que la correspondiente a Teresa de Ávila le faltaban tres dientes de la esquina derecha. Siguió buscando en aquel manual el sello que una vez le fue entregado cuando corría por las calles de Madras, protegiéndose de las polvaredas amarillas y negras que caían de las alturas.

«Que no le doble las tapas. Que así nadie me lo compra, que esto no es biblioteca», irritado le pasó las seiscientas pesetas y se alejó por entre los portales, chocando con mozos que corrían con sus

granadinas, interrumpiendo las letanías de un cantor de cabellos rubios, detenido en alguna página de *Sidharta*.

Los polvos colorientos seguían esparciéndose y vio cómo las vacas lo rodeaban; estaba entre tantos cuernos retorcidos, entre tanto ojos fijos, trapos y campanas. Las plegarias retumbaban y los hombres azotaban sus espaldas, mientras se aproximaba tambaleándose el Díos Ganesh, con su cabeza de elefante entre guirnaldas de flores, sujetando en su mano derecha un colmillo quebrado; miró su mano, apretaba fuertemente un sobre gris.

El mismo sobre donde aparecería por primera vez aquella jirafa de Guinea Ecuatorial.

Aquel timbre le conmovió la memoria, cerró el manual, abrió el cajón y ahí, entre papeles, lápices y rollos fotográficos nunca revelados, estaban esos dos cuernos.

Había sido en el aeropuerto de Dakar, donde al salir del urinario un negro envuelto en sábanas desteñidas le había cerrado el paso. Lo tomó del cuello y bloqueando la puerta, abrió su túnica; lo único que le llamó su atención fue su sexo tatuado.

De entre las sábanas le ofreció un collar, le dijo que lo estaba esperando; besando los dos cuernos que colgaban de aquel lazo, se los entregó. La puerta se abrió bruscamente, era un escocés irritado porque se retrasaba el vuelo, y estos negros que querían venderle tanto objeto inútil. «A usted también, escóndalo, está prohibido sacar marfil».

Buscando al senegalés corría por los pasillos de

aquel aeropuerto, hasta que los altoparlantes lo detuvieron.

Ya cuando despegaba y se empequeñecían los botes de colores junto a las chozas, creyó ver dibujarse sobre la arena el rostro tembloroso de aquel hombre que momentos antes le había confiado un incomprensible tesoro.

Las nubes borraron todo paisaje terrestre, el ruido monótono de los motores no lo dejaba dormir, pidió dos vodkas y comenzó a hojear la revista *Travel Now*. En su portada el sello de la jirafa amarilla lo miraba, leyó sobre ritos tribales, sobre jefes envueltos en piel de jirafas; sintió que sus extremidades se alargaban y que su piel se llenaba de manchas negras. Reía y gritaba.

Entonces le preguntaron si se sentía bien, si le faltaba oxígeno. «Es un sueño, nada más que un sueño», respondió.

Cerró el cajón, se colgó el collar y decidió pegar aquella estampilla de Guinea Ecuatorial. Con su lupa pudo leer en el sello de agua, «Londres 1914, Clapham Common» y a pesar de que el teléfono sonaba, comenzó a escribir.

Querido Denis:

El calor de esta colonia se me hace cada día más insoportable; las hormigas inundan nuestra casa, los murciélagos se cuelgan de las cornisas, las salamandras se pegan en las paredes y sus cuerpos transparentes y blanquecinos me producen vómitos. Tan sólo la contemplación de las jirafas, que

cada madrugada pasan por el horizonte, me da un instante de alivio, recordándome el paso del tren en Clapham. No hallo la hora de que regreses, siento que me vigilan y el ruido constante de los tambores parece cada vez más una amenaza. Ayer en la noche creí ver el paso de las jirafas, pero era sólo una ceremonia nativa, los bongolesees habían pintado sus cuerpos de amarillos y aullaban como hienas. Al escuchar la BBC supe que la guerra comenzaba en Europa... Denis, sufro, vuelve por favor.

Beatrice

Mecánicamente la dobló y estaba por introducirla al sobre, cuando el teléfono volvió a sonar.

El *Philatetical Book of Weird Stamps*, reproducía en la página treinta y nueve en blanco y negro la imagen de aquella estampilla. Había sido dibujada por lord Denis Whildermore y recomendada su impresión a la Royal Philatetical House of Brighton.

Debido a errores de impresión su tiraje no sobrepasó los tres pliegos.

Había sido en Madras, entre esas vacas asustadas, que un hindú le había entregado un sobre pidiéndole hacer llegar aquella carta a un país inexistente.

Se aproximó a la ventana y ya cansado apoyó su cara en esos vidrios grises. Creyó ver una manada de jirafas descendiendo por los desfiladeros de los Andes.

Se preguntó qué haría sola en medio de tantos murciélagos, le preocupó tanto que la guerra hubiese comenzado, que volvió a escribirle a Denis.

Querido Denis:

Esta mañana, la mujer del gobernador me hizo llegar tu carta, aquí la guerra ya se ha hecho sentir, incluso con los Havermacker, que éramos tan amigos, ya no nos hablamos. Ellos nos temen y nosotros a ellos. Las jirafas siguen pasando, me dicen que emigran; la sequía las ahuyenta. Ayer vino una y se quedó horas observándome. Giraba su cuello, te cuento esto porque recibí el diseño de tu último sello. Lo encuentro tan romántico, sé que lo hiciste pensando en mí. Incluso reconocí el paisaje que se ve desde nuestro dormitorio. Querido Denis, los envíos están cortados, así es que ésta la recibirás muy tarde, ya que la llevará el coronel Hermenville y la enviará por el correo de la India.

Esperemos que la guerra termine pronto. Te quiere...

Beatrice

No había terminado cuando creyó ver los aviones pasando frente a su ventana y humaredas que emergían desde el centro de Santiago.

Por las calles la gente corría y pensó que la sequía la estaría ahuyentando.

Descolgó el teléfono y presintió por los pasos en el corredor que una carta de Denis llegaría hoy.

Tomó en sus manos el sobre, el mismo que un hindú le había entregado en Madras y que por tantos años había quedado arrumbado junto a otros tantos papeles; nunca le habían interesado las estampillas africanas. Ahora, diez años más tarde, cuando ya

llegaban tiempos de reposo, abrió sus cartones para clasificar tanto sello amontonado.

Era una carta para Beatrice Whildermore, Guinea Ecuatorial, de Lord Denis W. Éste alentaba a Beatrice a tener paciencia y le agradecía la gentileza de su bello regalo. Había pulido el collar de dos marfiles y ahora colgaba sobre su escritorio en Brighton.

Empezó a sentir un zumbido en su cerebro, golpeaban la puerta, el teléfono volvía a sonar y la radio había interrumpido sus transmisiones.

La gente seguía corriendo por las calles.

Es la sequía, volvió a pensar... Decidido tomó su libro y el sobre gris. Se dirigió al pasaje Cousiño, para hablar con el dueño de la filatelia Zambrano. La única persona que en ese instante podría explicarle tanto misterio reunido... pero nuevamente fue impulsado a escribir...

Denis:

Nuestra casa ha sido quemada, los bongolese están en pie de guerra, me he refugiado en la misión cristiana del padre Lombardi. No te imaginas lo que estamos sufriendo.

Beatrice

Se apresuró tenía que hacer algo, ir donde Beatrice, llamar a Denis, presintió que estaban en peligro.

Cuando corría por los parques de Santiago, llevando en su mano el sobre de Madras, vio nuevamente los aviones surcar el cielo. Una mujer lloraba, la tomó en sus brazos y la remeció. Le dijo que se

fuera de allí, que peligraba, le preguntó si había visto a Beatriz y a empujones la obligó a refugiarse en la misión del padre Lombardi.

Frente a las puertas del correo vio cómo las ventanillas se cerraban y la gente huía, como las jirafas de la sequía.

Las palmeras de la plaza de armas se agitaban y escuchó el ruido de los tambores. Los bongoleses pensó. Sabía de sus ritos, sabía que se disfrazarían de jirafas, que se cubrirían con sus pieles, creyéndose ser una de ellas.

Sí, Beatrice se había equivocado, no era la sequía lo que ahuyentaba a esos animales. Trató de llegar al pasaje Cousiño, tenía que encontrar a su amigo Teodoro Zambrano.

Y sintió su más grande culpa al ver nuevamente los ojos asustados de ese hindú de Madras; podía haber salvado a Beatrice.

En el pasaje Cousiño las cortinas metálicas cubrían ya los negocios, por tanto era martes. Sacudió las rejas pesadas de la filatelia sin ver un aviso escrito con marcador negro. «Compro colección animales salvajes, Guinea Ecuatorial, buen precio».

Iría a la misión del padre Lombardi, le pediría perdón a Beatrice.

Salía del pasaje Cousiño cuando divisó a los bongoleses envueltos en pieles de jirafa. Cruzó la calle, agarrándose de las barras de hierro se dio un impulso. En ese instante sintió que la aguda lanza de un bongolés le atravesaba el pecho, se le entibió la espalda y mientras su vista se nublaba, alcanzó a

divisar la sabana, las jirafas pasando y la casa de Beatrice, su casa.

La visión de ese hombre ensartado en las rejas del antiguo Congreso, apretando en sus manos un sobre gris fue un misterio que pocos pudieron comprender.

EL VIAGGIO

El sonar de las cuerdas del violín se aproximaba y el músico italiano con su sonrisa hipócrita, dejaba caer su hedor bucal sobre las tazas de té y el rostro de tía Florencia, quien sujetando su gran sombrero miraba hacia el mar, engullía pasteles, cruzaba sus piernas, ya eran tantos los gestos, pero el músico seguía acosándola con sus melodías napolitanas. «Gratia, molto bello», le dijo pensando que así lograría que se alejase, tosió, se palpó las perlas y le gritó a Doménico. «No corras, Doménico», pero éste siguió deslizándose por entre las mesas, saltó por encima de las sillas, bajó por las escaleras metálicas, tropezó con dos pasajeros; trataba de seguir el humo de las chimeneas.

No se dio cuenta cuando ya caía en un vacío inmenso y su cuerpo se helaba, y mientras su paladar se volvía salado divisó gente despavorida en cubierta, balsas lanzadas a las aguas y gritos de espanto. Sintió placer cuando las hélices despedaban su cuerpo, luego no recordó más.

Hasta que tomaron su torso y lo depositaron sobre una inmensa nube, creyó que lo cubrían con alas de mariposas y lo enfundaban. Así permaneció siete meses y siete días; al octavo volvió a ver la luz y divisó en el infinito un transatlántico que se hundía.

«Te llamarás Doménico —le dijeron—, tendrás cinco hijos y una niña, pelearás en los desiertos y verás cómo queman a tu pueblo, pero no te asustes, porque luego sobre la misma arena volverás a tener cinco hijos y una niña y verás cómo se cubre de hielo la tierra, pero vivirás en los hielos disfrutando del blanco».

Él quiso saber dónde estaba su tía, por qué lo habían arrojado a las hélices, que él no quería tener cinco hijos y una niña. Tan sólo deseaba volver donde su tía Florencia, escuchar al músico italiano, correr por cubierta y oír de los altoparlantes que el *pranzo* estaba *presto*...

Pero ya le ceñían la espada y lo coronaban en un altar de piedra, vio sus cruces rojas sobre sus pechos y retumbó al grito de *Salvatum Jerusalem*.

Ya estaba sobre un corcel negro, atravesando los desiertos de África, disgustado de batirse contra tanto pueblo nómada. Entonces giró su cabeza hacia el horizonte y vio cómo el Mediterráneo se agrandaba y la columna de caballeros se perdía entre las arenas. Ahí pidió que le fueran leyendo los cuentos de las mil y una noches y que no se olvidara que en el instante que se detuviera, su cabeza colgaría al lado izquierdo de su montura, «porque si de contar

os han criado de contar os haís de morir».

Y así le describieron ciento y una leyendas, cuando ya se divisaban las mezquitas de Alejandría detuvo la caravana y pidió que le vieran el futuro, que le mostraran cómo estaba su tierra, cómo habían quedado sus mujeres, sus cinco hijos y su niña...

Y en el futuro no se vio salvando el santo sepulcro ni encontrando la cruz de Cristo despedazada bajo las piedras, no volvería con el cáliz sagrado. Le mostraron tierras que no conocía, selvas, imperios de piedra y una hélice gigante que descuartizaba a un niño.

«Doménico —lo despertó Ansaldo—, despierta, que los árabes han tratado de envenenarte» y así rodeado de cinco frailes franciscanos, de cuatro camellos y de sus hombres más fieles sobre los cuales corrían unas lágrimas, se levantó preguntando por el norte, si se predecían tormentas de arena y arrojó su lanza al ver una mujer cubierta. «Herejes», gritó y su pelo se encendió de rojo. Atisbó a sus cruzados y éstos subiéndose en los camellos cabalaron por el desierto.

El capitán no supo cómo darle la noticia a doña Florencia, se habían agrupado en popa, con sus gorras en sus manos a la altura de la cintura, parecían hombres de cera todos de blanco, sumergidos entre los gruesos cordeles de las anclas... Un marinero desde un bote levantó un torso desnudo y el respiro se hizo profundo. Lo cubrieron con las velas y se ordenó izar la barcaza, con sus gorras sobre sus sienes y girando al unísono comenzaron una lenta

marcha hacia al salón. Tía Florencia ya disgustada volvió a decirle «molto bello, pero déjeme escuchar el mar, prego» y el músico vio en sus pupilas una caravana de camellos que corrían a enfrentarse, y se arrodilló en el instante que un sable árabe destrozaba el cuerpo de Doménico... Los oficiales y el capitán ya se encontraban en el umbral del salón, y no entendieron por qué Manfredo, el músico, había dejado caer su violín y se mantenía arrodillado al lado de doña Florencia, quien seguía mirando el mar.

EN LA PLAZA ROJA

Cuando giró la primera llave de la cocina, el loro Tricahue comenzó a gritar su nombre y abrir sus alas. Entonces se vio con su pañuelo rojo al cuello, corriendo por la Plaza Roja; iban tras una gran bandera, llevando flores en sus manos. En medio de un silencio lo divisó, granate, más diminuto de lo que sus fantasías habían imaginado, pero resbaló sobre los adoquines y brotes de sangre corrieron por sus rodillas, roja pensó, roja como mi corazón, como mi pasión de pionero...

Abrió las otras tres llaves, cerró las ventanas, sin olvidar que debía mojar las toallas y ponerlas en los bordes de la puerta, la humedad de esos trapos se confundió con su transpiración.

Si ya estaba transpirando, la fila era enorme, trató de contarlos, serían más de doscientos, silenciosos unos tras otros, los pies avanzaban lentamente y se dio cuenta del único instante que estaba viviendo.

Único y último, abrió la puerta del horno y se tendió sobre las baldosas. Su primera visión sería

aquel cielo verde plasmado de madejas de grasa, una ampolleta desnuda con sus filamentos ya podridos. Qué luz aquella.

Si era extraña la luz de aquel otoño sobre la Plaza Roja, los colores de las cúpulas de San Basilio brillaban cual arcoíris. Y frente al muro granate, los soldados como estatuas de cera, tan bellos, tan rubios, que parecían extras de alguna película, aquellas de guerra donde nunca pudo entender por qué jóvenes con uniformes tan bien apegados a sus cuerpos, con botas tan limpias, con sonrisas y dientes blanquecinos, serían los mismos que minutos más tarde, en la misma pantalla dispararían sus ametralladoras sobre grupos de mujeres y hombres, gente siempre arropada llena de bultos y abrigos y ellos como en una eterna primavera, tan sólo con sus casacas, sus gorras recién prensadas, sus movimientos tan seguros y diestros. Se hacían largos los segundos frente al mausoleo.

Los mismos segundos que empezaban su descuento. Ahí tendido en una cocina, en espera, como cuando se paseaba esperando que hirvieran los huevos, que no se pasaran los tallarines. Podría levantar la mano cerrar las llaves y reírse de tanta gravedad.

Sintió cómo su pecho se apretaba a medida que iba traspasando el umbral de granito y una inmensa oscuridad envolvió su cuerpo, mientras bajaba los peldaños lamentó que volviendo a La Serena su ciudad desconocida, nadie podría saber de aquellos instantes.

Igual que ahora, diez años más tarde nadie sabría

por qué le dejó veinte dólares a su madre y una cama desordenada...

Y en esa oscuridad, en medio de esos murmullos en lenguas eslavas, vio el resplandor de una luz y los reflejos de los cristales.

Sintió la respiración de su madre mientras lo tapaba con almohadas. Pensando detener alguna bala furtiva escuchó la voz ronca y suave de su vecino, gritos, aullidos, ruidos de autos que se alejaban. Y le hablaba sobre el temblor, que lo había cubierto para que el yeso de los muros no aplastara su rostro, «que sí, que fue muy fuerte que hubiera visto cómo se movían las paredes y se balanceaba la lámpara».

Sintió que el aire se espesaba, una somnolencia inmovilizaba sus músculos, trató de despedirse de su mano, de sus dedos, aquellos que le habían permitido palpar su cuerpo y el de los otros y con aquella palma que secaba su semen logró tocar el cristal.

Creyó ver el paraíso, una luz lo enceguecía y distinguió tras el vidrio, su barba negra, su gran frente, su piel de porcelana, su traje opalino, el mismo que había visto el zar, el mismo que vio el mundo, ése era sin duda Lenin.

Sus párpados se cerraron y comenzó a ver a través de su mente, descubrió luces, universos, sintió nostalgia al encontrarse con su hermana en el patio de la casa de adobe tratando de empinarse sobre el lavatorio, recordó cómo le resfregaba sus manos empañadas de barro, la vio luego ya adolescente, con su

pelo largo llevando de la mano a su novio.

No había alcanzado a salir del mausoleo, cuando multitudes comenzaron a golpear sus muros, los mismos golpes y llamadas que venían de la puerta de su apartamento. Se hubiera levantado para impedir que lo aplastaran en medio de aquella tumba, pero no hizo ni lo uno ni lo otro. No podía, la turba era más fuerte que él. El peso del gas era demasiado liviano, ambos le impidieron moverse.

Sintió que lo aplastaban, que sus cabellos quedaba aprisionados bajo las botas, sintió cómo pisoteaban la bandera roja y unos golpes fuertes le sacudían el pecho.

El policía trataba de revivirlo mientras los vecinos se asomaban por entre las puertas y su amigo mirando al Tricahue escuchaba las voces que aclamaban. «Qué suerte que al menos el loro se había salvado».

LA SANTIDAD

Ahora me tenían sentado frente a esos cuatro señores y una dama. Ella escribía, tres me miraban atentamente y el cuarto fijaba su vista sobre su rodilla. Fue él quien insistió para que le hablara más sobre la santidad. Sus pestañas, que se movían como los pies de una araña de rincón, me infundieron una profunda confianza. Empecé contándoles que a los nueve años había ocurrido mi primera revelación. Fue un atardecer, cuando Manuel había terminado de pasar la virutilla por la casa, que yo lo acompañé como siempre hasta el paradero. Ese día me invitó a que lo siguiera a su casa; no dudé, al contrario, partí alegre.

Ellos sabían el resto, ya que tenían los recortes de los diarios. De lo que no estaban informados era que mientras Manuel me tenía amarrado contra el muro, rasgando mis calzoncillos con un cuchillo, alentándome a no gritar si no quería que aquél se introdujera por mi garganta. Yo no sentía pavor ni desesperación, menos aún cuando me afeitó los pocos vellos que emergían de mi pubis. Estando con los brazos

estirados contra el muro, divisé una pequeña estampa de *La Última cena* y me sentí como un mártir. Manuel no era más que un animal, un león pagano que con su lengua y dientes engullía mis carnes.

«Usted conoce la revista *Vidas Ejemplares* —le pregunté a la señorita que anotaba. Ella se sorprendió, dejó de escribir y miró al que balanceaba su pie, quien asintió con su cabeza—. Bueno —continué—, desde los seis años que las leía, deseando tan sólo algún día poder sufrir y vivir como ellos lo habían hecho. Por mi cuenta había visto más de cinco veces la película *Los últimos días de Pompeya*. Sentado en la primera fila escudriñaba los rostros de las víctimas, su calma, sus alegres cánticos mientras iban siendo conducidos a la arena; yo sólo deseaba poder estar ahí junto a ellos. Mirándolos logré descubrir por qué habitaba esta tierra, cuál era el fin de mi existencia.

«Los tres días que Manuel me tuvo en su casa complaciéndose con mi supuesto dolor y humillación fueron el comienzo de la senda que ustedes ya conocen; incluso cuando la policía irrumpió en la casa y mi madre llorando me rescató envuelto en las frazadas. Ahí tienen la foto, salió en los diarios, ven mi rostro afligido que mira hacia atrás. Bueno, estaba preocupado de Manuel, sentía sus gritos, sus súplicas de perdón y lamenté aquella atroz interrupción que frustró mi camino hacia la gloria eterna.

«Desde ese día mi único propósito fue confrontarme de nuevo con algún pagano que deseara llevarme al martirio.

¡Ah!, exclamó el señor de los bigotes rubios y

todos levantaron sus párpados, como si hubiese cometido alguna indiscreción. El más gordo me hizo un ademán para que prosiguiera, tenían miedo de que nuevamente me hundiera en el silencio, como en los últimos seis meses. De lo que ellos no se percataron fue que cumplía un voto; ahora les contaré todo hasta el final...

«Bueno, después del secuestro, cuando volví al colegio, al entrar en la sala todos me enterraron las flechas de su curiosidad. El profesor de Historia hizo callar las murmuraciones y continuó con su clase. En el recreo todos me preguntaban qué me habían hecho, si dolía mucho. Julio, aquella tarde, me invitó a su casa, cerró su pieza con llave, se sacó el uniforme, pidiendo que ilustrara mi sacrificio. Acepté, con la condición de que él me ayudara a llegar al martirio...

«Pero Julio no estaba para ser mártir, soportó los seis alfileres en forma de cruz sobre su pecho, pero cuando con la hoja de afeitar comencé a despellejar su piel y pequeños hilos de sangre se deslizaban por su muslo, me rogó que me detuviera. Yo lo calmé, le dije que no se preocupara, que él seguramente tendría otro fin en este mundo y que ya lo descubriría».

Iba a seguir, cuando una polilla se posó sobre la pared blanca de la sala, una segunda se estrelló contra la ventana y una tercera revoloteaba alrededor de la ampollita. Era la primera plaga, venían a despojarnos de nuestras vestimentas, a roer tanto atuendo inútil.

Parece que mi contemplación se prolongó en una dimensión que ellos no podían comprender, ya que

oscurecía y volvían a atar mis extremidades a los fierros de la cama y a aplastar mi pecho contra el somier.

Pero bendito es el sueño que nos permite vivir más allá de las sombras y viajar a los rincones vedados a quienes no supieron discernir. Las polillas volvieron a mí y aquella noche devoraron toda mi carne. Se amontonaron alrededor de mis tobillos, en mis muñecas y en el cuello; provenían de una caverna oscura en medio del espacio. Cuando terminaron su labor contemplé mis huesos sanguinolentos; las traidoras no habían engullido mis pies, ni mi sexo, ni mis ojos, lo que predecía que aún debería seguir en el mundo de los hombres.

A mediodía me sentaron nuevamente frente a los cuatro señores y la dama. Ellos hacían girar las cucharas metálicas al interior de las tazas, para luego levantarlas cuidadosamente hasta sus labios. Esperé que se tranquilizaran, cuando el más gordo insistía en que yo había vuelto a mi período de silencio, mi aire se volvió a transformar en palabras, para negar tan absurdo diagnóstico.

«El resto de mi infancia transcurrió en una fecunda soledad; recorría los templos anhelando poseer aquella aura dorada que iluminaba las sienes de santos y mártires; extendía mi cuerpo sobre las baldosas heladas de las iglesias, esperando que al menos las llagas del calvario brotaran en mis extremidades, don que no se le había negado a Santa Teresa ni a San Francisco.

«Si bien a mis compañeros de juego les divertía

rociar animales con parafina y verlos correr ardiendo, se negaban a mis peticiones de ser igualmente bañado por el líquido inflamatorio para permitir que el fuego transformara en carbón esta carcaza que sólo anhelaba cumplir su misión.

«Así, mientras mis congéneres pasaban sus días midiendo el crecimiento de sus miembros, contando la cantidad de pelos que brotaban de sus poros, advertí que mi vanidad estaba superando mi fe. Debería dar primero pruebas terrenales para lograr el primer lugar en la lista de los destinados al glorioso suplicio.

«Para lograr tal mérito asistí a los sacerdotes en el ejercicio del santo sacrificio y en el otorgamiento de los sacramentos. Más de una vez mientras contemplaba arrodillado el ritual de la transformación, recibí pruebas del correcto camino: mi cuerpo se elevaba centímetros del suelo.

«Tal vez había errado, no era el martirio sino la santidad lo que me estaba reservado. Debería revolcarme en las más repugnantes tentaciones para poder comprender el misterio.

«Cumplía quince años cuando la primera tentación se encarnó en la transformación de mi confesor. Él, en pleno otorgamiento del sacramento, introdujo sus manos transformadas en lenguas de dragón y aprisionó mi sexo. Yo lo urgí a que mordiera ese apéndice del pecado original para que extrayendo su bilis procediera a mi purificación, rito que cumplió devotamente durante más de diez meses...

«A pesar de tal exorcismo, las feroces garras de la

suciedad y el oprobio prosiguieron como veneno burbujeante, poseyendo todos los sentidos de mi ser, obligándome a recurrir a acciones que según los escritos habían salvado a varios de mis predecesores. Construí fajas con cadenas y fierros punzantes, que utilizaba bajo mis vestiduras, accionándolas cuando la fiebre trataba de apoderarse de mi mente; además, cubrí mi lecho con ramas de espino. En un primer instante causaron un maravilloso efecto, pero debí suspender la disciplina cuando una infección crónica me acercó al umbral de una posible muerte, hecho fatídico en tales circunstancias para el cumplimiento de mi aspiración.

«Durante los meses en que yací inmóvil, nuevamente descubrí lo erróneo de mi acción. Si aquella vehemencia de la carne era tan poderosa sólo una mano podía guiar tal acción y por lo tanto, debía seguir sus designios, conocer los tortuosos senderos del mal para poder emerger incólume de él...».

El recuerdo de lo que a continuación tendría que relatar hizo que mi puño golpeará mi rostro. Los tres señores y la dama que me miraban fijamente con sus ocho ojos, pusieron en movimiento sus manos. Para detener aquel escalofriante ruido de las lapiceras rasguñando sus cuadernos, alcé mi voz y proseguí mi historia.

«Señores, fui una Magdalena, única manera de continuar por la senda de mi pasión. Así frecuenté bares nocturnos, cavernas ubicadas en sótanos oscuros alumbrados por pálidos focos, que hacían resaltar la blancura de los cuerpos femeninos adosados a

barras cromadas. Consciente de mi misión me dejé llevar a recónditos lugares, aceptando que el jugo de sus entrañas empapara mis labios, poseyéndolas con la desesperación que roía mi cuerpo. Fue la Mery, después de haber ingerido tequilas, piscos y otros, que me dijo: 'Cabrito, tú tenís cualidades, ¿no te gustaría hacerte unos pesos?'. Su proposición me produjo una gran alegría, ya que recibiría monedas a cambio del ultraje de mi cuerpo. Esto me aproximaba un peldaño más a las siniestras profundidades del mal; además la monotonía del acto y sus repetidas poses habían dejado ya de cumplir su primer propósito.

«Gracias a la Mery pude cumplir cabalmente mi misión, desperdigando mi mal en mujeres de edad avanzada, que exigían cada vez fantasías mayores. Cada cumplimiento y cita eran para mí un rito: desnudaba mi cuerpo, dejaba que lo untaran con alcohol, que varias lenguas lo recorrieran. En ocasiones debí recibir sus orinas sobre mi rostro o realizar la promesa satánica del beso negro. No satisfecho en la degradación, recorría las calles de madrugada, esperando con encuentros que me iniciaran en actos inimaginables; cualquier invitación era bienvenida. Durante meses proliferaron mis contactos nocturnos, tratando de llegar frente a los ojos del mismo demonio. Acepté todo tipo de drogas acelerantes, excitantes, alucinógenos. Compartí noches con empleadas, gerentes, obreros, delincuentes, mendigos, jueces, niños vagos. Recibía insultos o golpes de hebilla, otras yo las profería. Me

aplastaban masas de carne que se hundían en mi ser o entregaba mi apéndice para que fuese pasto de las mismas repetidas obsesiones.

«Cuando nuevamente la angustia y la desesperación comenzaron a invadirme, ya convencido de que no cumplía más que una simple y banal actividad, conviviendo con tantos otros que realizaban las mismas acciones, me invadió el pesar de no estar en un mundo prohibido o castigado; merodeaba en un peldaño medio, compartido por miles. Deduje que el camino de la santidad no podía encontrarse en medio de un hormiguero. Cuando estaba en estas terribles cavilaciones cumplía ya 18 años y la fortuna hizo que fuese alistado para cumplir con mi deber en las fuerzas militares...

«Ustedes saben que tanto San Ignacio, San Sebastián como San Pablo, habían ya pasado de ser soldados del miedo a soldados de Dios. Comprenderán la tranquilidad que envolvió mi mente el día que fui investido con el uniforme gris. Me había transformado en un romano y me entregué entero para ser uno de los mejores.

«Un soldado listo a hendir la espada donde mi voto de obediencia me obligara, consciente de que violaría el quinto mandamiento y segaría vidas contrariando la potestad de Dios.

«Durante los primeros meses di muestras de una solidez y una disciplina tales que finalmente fui llamado para participar en acciones que mi alma repugnaba, pero a las que la santidad me obligaba. Yo que había vivido mi primera etapa para amar a

mi prójimo y entregarme a sus sufrimientos, ahora usaba la culata de mi arma para dislocar mandíbulas, quebrar miembros, hacer estallar dientes, desfigurando todo aquello que pudiera indicar la posesión de un alma. Desde mis primeras acciones comprendí lo doloroso de este sacrificio y aunque hubiera tenido que clavarle la lanza al mismo rey de los judíos, mi mano ennegrecida por tan siniestra prueba, acataría tal ejecución.

«Comprendí muy bien que era parte del ejército de Luzbel, sabía que en cada hombre estaba Cristo; sin embargo, debía participar en su destrucción».

El cambio repentino en el señor de la barba, las toses de la dama y el movimiento de las sillas de los otros, hicieron que yo me levantara para asegurarles que actuaba guiado por mi conciencia y mis conocimientos: «Éstos me indicaban que una señal detendría mi mano de la misma manera que detuvo la espada de San Pablo. Confiado enfrentaba las más detestables acciones, mirando tan sólo el cielo, esperando que una luz resplandeciente detuviera el rumbo de mi actuar. Consentí en que el suplicio sería largo, las aureolas no serían tan fácilmente depositadas sobre mi frente; recibí medallas paganas al valor y ya en mi segundo año pude realizar lo que tanto esperaba.

«Terminaba el cuarto rosario en mi cuadra y todos dormían agobiados por los ejercicios de la jornada. Iba en el primer padre nuestro cuando apareció entre las cuentas el casco brillante de mi capitán. Me dijo: 'Soldado, has sido escogido para una misión

donde mostrarás tu lealtad, manteniendo el silencio del honor'.

«Él era un verdadero arcángel, con su pelo rubio, su tez albina, sus botas siempre brillantes. Íbamos seis en la parte posterior del camión, las palpitaciones de sus corazones se escuchaban en medio del silencio de aquella noche, de calles desiertas, tan sólo los volúmenes grises de los edificios, los faroles erguidos en las veredas vigilaban nuestro desplazamiento.

«La lona golpeaba contra las barras del camión y aquel ruido era un batir de alas de murciélagos. Los portones de una casona se abrieron y al descender mis botas se hundieron en un fango negruzco. Ahí me di cuenta de que había llegado al centro de las tinieblas. Los faros gigantes del camión poseían largas pestañas y de las siluetas que se movían apresuradamente a nuestro alrededor emergían jorobas deformes.

«Sentí cómo mis uñas se transformaban en garras de jote y no me atrevía a abrir los labios, pensando que una lengua bifurcada secaría el sudor de mi frente. Sin embargo, en mi interior, resguardado por un granito indestructible, permanecía aún el pequeño halo de mi alma.

«Eran seis los mártires que arrastraron sobre la arena, hablándoles en lenguas incomprensibles los obligaban a arrodillarse, quedaron frente a los focos malditos, encandilados por aquella luz poderosa.

«La única mujer, con su cabellera rasurada, murmuraba conjuros celestiales. Todo su cuerpo era

rodeado por un aura mágica. Nosotros, como un muro de piedra negra, nos alineamos frente a ellos. Y yo, frente a la Santa. Ahora tendría que manifestarse la señal, el rayo que fulminaría este centro viviente del infierno. Cuando mi ojo ya estaba sobre la mira del fusil, centrándome sobre el pecho de aquella mártir, la envidia corroyó mis pensamientos.

«En ese inmortal instante, gracias a mí, ella estaba en las puertas del martirio, ya había sido coronada. Sus pupilas inmóviles en el infinito, contemplaban el coro de ángeles celestiales que venía a recibirla. Gabriel le traía un manto púrpura y los santos abrían una senda por entre las nubes. No faltaba un segundo para que fuese a sentarse a la diestra de Dios Padre.

«El eco de los disparos retumbó en la oscuridad y una brisa aromática inundó nuestros sentidos. Ella permanecía reclinada, respirando, escuchando las trompetas doradas, soportando el plomo ardiente que había destrozado su interior. Y como si hubiera estado escrito fui yo el ordenado a ultimarla. Llegué hasta ella enceguecido por su resplandor, impulsado por un enjambre de demonios que controlaban mi cuerpo. El brillo opaco de mi bayoneta se detuvo entre sus dos costillas y violando mi juramento le suspiré: 'Bendita eres entre todas las mujeres' y clavé mi espada. En un gesto incontrolable me retiré corriendo y ella quedó ahí como la mejor de las estampas, estirada sobre un montículo de tierra, con sus labios abiertos, atravesada por ese instrumento

fatal, pero envuelta en la aureola que me estaba destinada. Unos golpes sobre mi mejilla y los ojos furibundos de mi arcángel, quien me entregaba mi fusil, pusieron fin a tal episodio. Los días que siguieron fueron de contrición: me hallara trotando, lustrando mis botas o duchándome, no dejé de murmurar las santas palabras».

Los cuatro señores y la dama habían dejado de escribir y me observaban atónitos. El señor de la barba se levantó y mientras los otros lo miraban dirigirse hacia la ventana proseguí.

«Así antes de cumplir los dos años de servicio me encontré nuevamente solitario en mi cuarto, recibiendo los alimentos de la mano de mi quejumbrosa madre.

«Estaba listo para iniciar una nueva senda: un candado sobre mi cinturón y un rosario en una cartuchera eran mis nuevas armas. Con ellas frecuenté a los más desposeídos, llegaba cuando ya se ponía el sol a los lugares más lúgubres de la pobreza, me incorporaba a los grupos de jóvenes que se reunían en las esquinas inyectándose alcohol, aspirando productos químicos. Tal como el Señor se vistió de mendigo, yo me vestí como ellos, dejé crecer mi cabellera, rasgué mis pantalones y utilicé sus vocablos, llevando siempre la Santa Palabra. Fui aceptado y reconocido.

«Los milagros que se me adjudican, si posteriormente ocurrieron, no son obras mías, si no del más allá.

«Ahora ustedes que me prohíben la lectura del

Santo Libro y me atan al lugar del descanso, sepan que nada de eso me preocupa ni me lastima, ya que son los sacrificios de la santidad».

Había terminado de contarles y ellos profiriendo palabras que no pude comprender, cayeron arrodillados frente a la llama del Espíritu Santo que flotaba sobre mi sien.

EL NIÑO DE YESO

Estaban todos contentos en la casa, porque iban a comenzar a pavimentar la calle. Yo la prefería así, con tierra en el verano y barro en el invierno. Cuando llegaron, venían a pedirme agua a la casa. Entonces le pregunté a mi mami: «¿Les llevo en la jarra?».

Y me paré en la puerta con el jarro azul plástico y el vaso en la mano. Se acercaban y me decían: «Flaquito, te pasaste». Yo sólo me fijaba cómo levantaban el cuello y los músculos de su garganta se endurecían al absorber de una vez todo el contenido, y les volvía llenar el vaso... El más joven cuando terminaba, me apretaba el hombro y todo su calor se esparcía por mi cuerpo. Me quedé toda la semana sin salir y los observaba.

A la hora de almuerzo se tendían bajo el árbol y dormían. El más niñito quedaba siempre frente a mi ventana, se acostaba de espaldas con sus bluyines rotos. Yo aprovechaba de sacarles fotos con la Zenith que me compró mi papá para la pascua. Un día

salí con la cámara y les dije si no les importaba que les tomara unas fotos, que eran para la escuela. Se rieron y pararon de trabajar; parece que se daban cuenta, ya que uno se sacó la camiseta y se apoyó contra la pandereta. A través del visor, me di cuenta que se fijaba en mí.

En la poblacion sabían que yo era artista y que los aros, el pelo recortado alrededor de las orejas y mis blusas con prendedores, eran así por que yo era niu wey.

Ya estaban terminando, les faltaba pasar una camionada más de asfalto y se iban a ir. Como eran los últimos días le pedí permiso a mi mami para ver si les podía llevar jugo. Yo sabía que se iba a notar mi atención; fue tan bonito como todos se alegraron, haciendo resplandecer sus dientes blancos bajo las sonrisas. Ese día todos me apretaron el hombro y el de la foto se quedó preguntándome cosas. Le comenté que tenía unas manos fuertes; a él le gustó, entonces le pedí si podía quedarse para que le sacara un molde con yeso. Lo necesitaba para el curso de dibujo.

A las cinco, se paró frente a la reja con su bolso, yo lo hice pasar y mi mami le ofreció un té. Se notaba nervioso; me preguntó si podía sacarse la blusa y los pantalones, porque si no le iban a quedar todos manchados con el yeso. Por supuesto, le dije, y nos sentamos los dos en la misma banqueta; puso su mano sobre la mesa, la del patio. Primero le llené la mano de vaselina, luego de a poco se la fui cubriendo con el yeso. Él me contaba que estaba de novio y

que ya se le iba a acabar la libertad.

El yeso se endureció y él se rió. «No vaya a quedar pegado, sino cómo llego a la casa». Fui a buscar la cassette y le puse música de los «Cure», no los conocía, pero si era buena para bailar, bastaba. Le iba moldeando cada dedo, asegurándome que quedarán bien cubiertos y sin darme cuenta ya estábamos tan cerca que su muslo rozaba el mío, lo presioné para sentir su fuerza. Pensé que iba a reaccionar, me empujaría, golpearía su mano contra la mesa y el yeso como nieve quedaría sembrado en el jardín. Mi mami saldría sin entender y él le gritaría «que acaso no sabe que tiene una loquita en la casa». Pero mi mami me defendería, le di... Pero no se enojó, al contrario apoyó más su muslo contra el mío, inclinandose sobre la mesa para ver más de cerca cómo se iba endureciendo. Levantó su mano enyesada y me la acercó a la mejilla. «Con esto se pueden pegar unos buenos puñetes». Lo tomé de la muñeca y le dije «cuidado, Claudio, que se puede quebrar el molde». Se sorprendió y tuve que explicarle que sabía su nombre porque los otros siempre lo llamaban, y que mi nombre era Iván; le deposité lentamente su brazo sobre la mesa. Él con la otra mano me revolvió el pelo y me dijo, «buenos tipos los artistas», abrí mis ojos y los fijé en sus pupilas negras. Parece que se dio cuenta. Pidió que le sacara el yeso, ya que le apretaba la mano. El molde quedó bonito, hasta sus vellos se marcaron. Cuando lo fui a dejar a la puerta le pregunté si el sábado podría venir y con más tiempo le haría las piernas. «Oye me dijo, tú

crees que me puedes hacer una estatua».

Aquella noche tomé su mano, la dejé sobre mi cama, asomando por entre las frazadas. Yo me desnudé y me acosté a su lado; poco a poco me fui acercando a ella. Ésta comenzó a moverse, recorrió mi pecho, pasó cerca de mi sexo y me apretó el muslo; luego me tapó la boca para que no protestara, descendió a mi pelvis, tomó mi miembro y durante toda la noche jugó con él, hasta que me hizo acabar...

Al día siguiente cuando me bajé de la micro, escuché que me llamaban; ahí estaba con su parka, su bolso azul al hombro, frente a la iglesia de los evangélicos. Yo crucé la calle y nos saludamos con un fuerte apretón de manos. Me preguntó si ya se había secado y que ahora andaba con tiempo, si me servía para los estudios podíamos seguir, «total si no me hacen una estatua ahora cuando, oh no flaquito». Yo sonreí y nos fuimos por el pasaje ahuyentando unas gallinas, riéndonos de un curado. Parecíamos como compañeros de curso, aunque él tendría por lo menos unos diez años más que yo.

Esta vez lo hice pasar a mi pieza, sobre el velador estaba su mano, pero no la vio; le gustaron las fotos que tenía en las paredes, en el techo. «Bonito los posters», me dijo. Se sentó sobre mi cama y se puso a hojear unas revistas de moda; fui a buscarle una coca cola, él ya se había sacado la parka y estaba medio reclinado. «Encachada las ropas, pero cuándo va andar uno con esa pinta, al menos que te casis con una vieja rica», comentó.

Yo saqué la caja de cartón de abajo de la cama, le

pedí permiso y estiré los plásticos sobre la colcha. «Ah, vamos a comenzar a trabajar», y empezó a desabotonar su camisa, yo hacía como que revolvía la pasta, la dejó sobre la silla, luego se sentó, se desabrochó las zapatillas, se soltó el cinturón. Y lo imaginé desnudo de yeso, en el patio de la casa, más bello que cualquier estatua de mármol.

Se tendió sobre el plástico con sus calcetines y calzoncillos celestes. «Estamos listos maestro», gritó. Fui a preparar el yeso y lo dejé escuchando mis cassettes. Le dije que tenía que echarle harta crema en el pecho o si no se iban a pegar los pelos. Apreté el envase y las gotas caían sobre sus costillas; él sólo pegó un tiritón. Empecé a embetunarlo por el cuello, moviendo mis dedos en redondelas para que la crema cubriera todo. Así fui descendiendo, me detuve un rato en sus tetillas. Él tenía los ojos cerrados y decía «qué rico, voy a pensar que es una mina»; presioné más la palma, que notara mi fuerza y el calor de amor que irradiaba de mis manos.

De a poco lo fui cubriendo, suavemente le rebajé el slip para que no se le manchara.

Quedó todo de blanco. Como no podía levantarse aproveché de observar su cuerpo. Ahí lo tenía sobre mi cama; la idea que se fuera para siempre me angustió y mis ojos se hincharon de pena y en un impulso de pasión puse mis manos sobre sus caderas. «Aprovecha de hacer las piernas, ya que estamos en esto». Iba a encremar sus piernas, cuando él sugirió que me iba a quedar la estatua rara, y me pidió que le quitara los calzoncillos «total estamos

entre hombres». Procedí como un médico, tratando de no mezclar mis sentimientos con la obra que estaba realizando. Lentamente retiré sus calzoncillos y acomodé su miembro; era de esos gorditos en la base y pequeño de glande.

Cuando traje la crema me incomodé, me dio vergüenza, que se fuera a dar cuenta que nadie me había pedido su estatua, que estaba ahí tendido para goce mío. Me dio susto que repentinamente se levantara y me dijera hasta aquí llegamos, flaco, entendí la movida. Capaz que tomara el jarrón con yeso y me lo vaciara en la cara, pero nada de eso sucedió, y antes de que se fuera a arrepentir encremé su pubis, sus testículos, su sexo, sus piernas y lo cubrí de yeso.

Su voz asustada interrumpió mis pensamientos, quería aclarar una cuestión; se le estaba erectando, si importaba mucho, que a lo mejor así no me lo iban a aceptar en la escuela. Mis ojos se posaron entre sus piernas y vieron cómo una protuberancia emergía resquebrajando la pasta. Le contesté que no, que iba a ser original, que no se preocupara, que nadie lo iba a reconocer.

Y como un albañil tomé un pedazo de yeso y lo moldeé alrededor de su miembro; estaba tan excitado que mis manos no obedecían a mi cuerpo. Era lo único viviente en ese cuarto, mis manos y esa carne inflada que palpitaba bajo el yeso. No sé cuánto tiempo lo esculpí entre mis palmas, no sé por qué yo tampoco me veía... todo oscureció, me volé, y fui bien lejos, me sentí tan bien, tan grande, tan seguro.

Cuando volvió la luz, yo estaba mojado, mi camisa estaba salpicada de blanco y de entre sus piernas emergía un cráter. Ahí me quedé hasta que él dijo... «Parece que me quedé dormido, el sueño loco».

Le removí la carcaza; él estaba serio, transformado. Se vistió en silencio y se alejó por el callejón; ya había oscurecido.

Sobre mi cama quedó él. Claudio, le dije, ahora irás a vivir en el jardín.

Mi mami alega que hasta cuándo voy a seguir, que ya no le queda espacio para colgar la ropa. La gente se detiene en las rejas, incluso vienen de las otras cuadras y se los muestran a sus visitas, dicen que a veces lo han visto moverse.

LAS ASEADORAS	1
ANTOFAGASTA	2
EL SECRETO DE BERLE	3
EL RETORNO DE GASTEL	4
LA GORDA	5
EL SELLO DE LA JIRAZA	6
EL VIAGGIO	7
EN LA PLAZA NÚM. 1	8
LA SANTIDAD	9
EL NIÑO DE YESO	10

ÍNDICE

SOY DE LA PLAZA ITALIA	7
EL ÁLBUM DE FOTOS	19
LAS ASEADORAS DE LA ÓPERA	27
ANTOFAGASTA 1888	33
EL SECRETO DE BERLÍN	47
EL RETORNO DE GABRIELA	57
LA GORDA	64
EL SELLO DE LA JIRAFÁ	74
EL VIAGGIO	82
EN LA PLAZA ROJA	86
LA SANTIDAD	90
EL NIÑO DE YESO	103

SERIE LA OTRA NARRATIVA

**NOSOTRAS QUE
NOS QUEREMOS TANTO**

Marcela Serrano

**(DES) ENCUENTROS
(DES) ESPERADOS**

Andrea Maturana

HIJO DE MÍ

Antonio Gil

60 KILÓMETROS

Francisco Ortega

PICHILEMU BLUES

Esteban Valenzuela

PARA QUE NO ME OLVIDES

Marcela Serrano

COSA MENTALE

Antonio Gil

LA GENTE NO ME GUSTA

Guillermo Tejeda

SIETE DE LOS ONCE RELATOS CONTENIDOS AQUÍ FUERON PUBLICADOS EN 1992 CON IGUAL TÍTULO QUE EL PRESENTE VOLUMEN, EN UNA EDICIÓN QUE SE AGOTÓ RÁPIDAMENTE. LOS QUE SE HAN AGREGADO CORRESPONDEN AL MISMO TONO Y PREOCUPACIONES DEL AUTOR: EL RETRATO DESCARNADO O METAFÓRICO DE UNOS PERSONAJES REALES, PERO HABITUALMENTE MANTENIDOS EN LA MARGINALIDAD DE LA VIDA SOCIAL.

INGENUOS, ERÓTICOS, CON ANSIAS DE TRASCENDER, MÍSTICOS O FEROZMENTE TERRENALES, TRANSGRESORES SIN SABERLO, SUS PROTAGONISTAS NO SÓLO HABITAN EL AQUÍ Y EL AHORA DEL MUNDO DEL CHILE ACTUAL, SINO QUE SE DESPLAZAN POR EL TIEMPO PARA REFLEJAR PARECIDAS REALIDADES Y OBSESIONES. OCURRE, POR EJEMPLO, CON EL CUENTO QUE IMAGINA EL RETORNO DE GABRIELA MISTRAL A SU PATRIA AMARGA Y DISTANTE.

Soy de la Plaza Italia CONTINÚA EN EL GÉNERO NARRATIVO EL INQUIETANTE UNIVERSO PROYECTADO POR RAMÓN GRIFFERO EN SU EXPERIENCIA COMO DIRECTOR TEATRAL Y DRAMATURGO.

